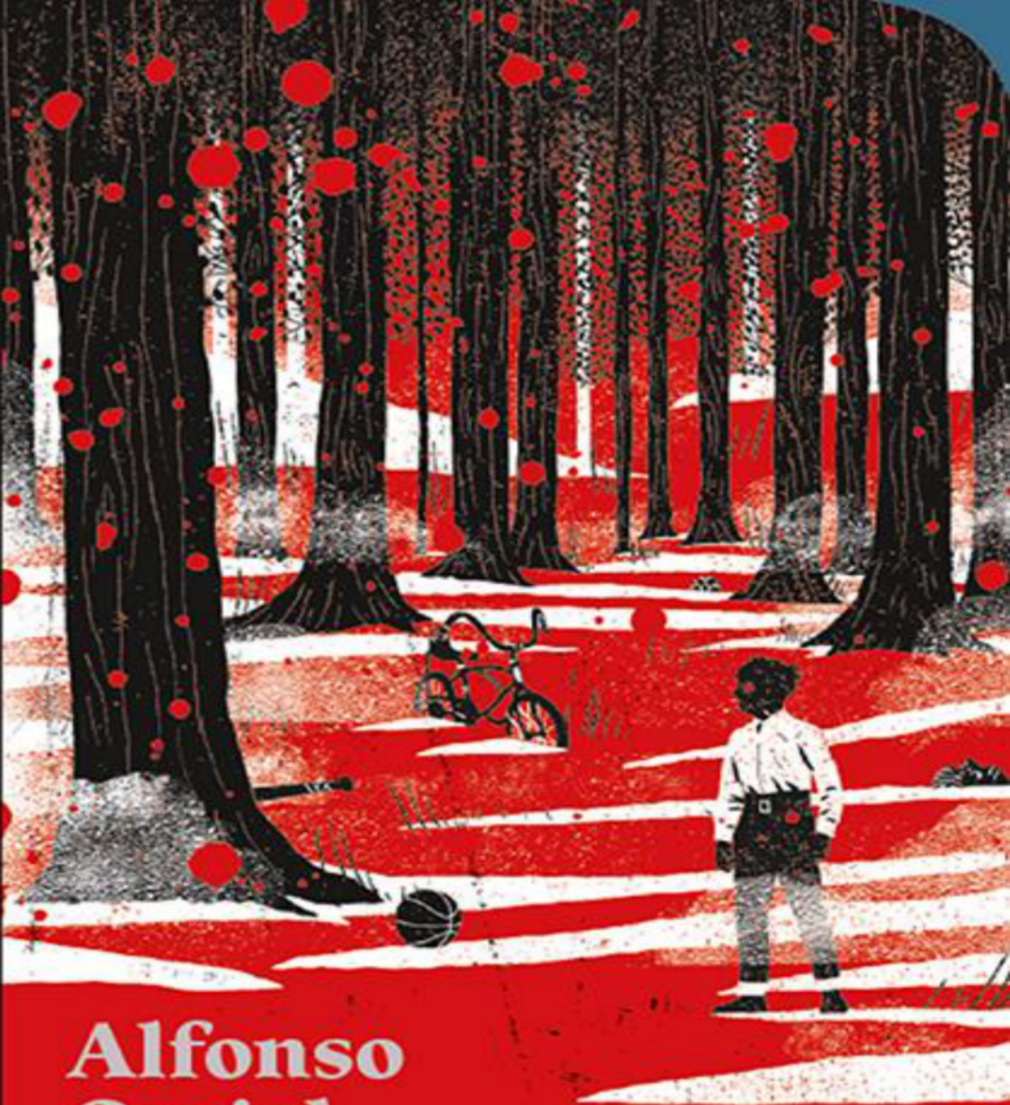

Alfonso Orejel

ESCOMBROS DEL PARAÍSO

Planetalector

Alfonso Orejel

ESCOMBROS DEL PARAÍSO

Planetalector

ÍNDICE

Tan hermosa en su ataúd
Bonita
El otro
Escombros del paraíso
La máscara de jade
Se solicita
El circo de las maravillas vivientes
Vacaciones

Acerca del autor
Créditos

TAN HERMOSA EN SU ATAÚD

1

—Murió Lucina —dijo mamá con voz trémula y con el peso de la derrota sobre sus hombros.

Sus palabras me cayeron encima como un balde de agua helada que me empapó de tristeza hasta los huesos. No supe qué hacer en ese momento, si abrazarla o decir algo que mostrara mi aflicción también. Finalmente me quedé tieso, con los brazos colgando e incapaz de articular alguna frase de consuelo.

Ella entendió mi estado de conmoción y abrió los brazos, no para consolarme porque (maldita sea) no corrieron las lágrimas por mis mejillas en ese momento tan oportuno, sino para manifestarme su dolor. Me estrechó con fuerza como si al hacerlo le impidiera a la muerte que se llevara a otro hijo; y sus lágrimas mojaron mis mejillas mientras soltaba sollozos que le hinchaban el pecho. Luego me miró, vio una o dos lágrimas humedeciendo mis mejillas y exclamó:

—No llores, mi niño. No llores. Tu hermana al fin ya descansó.

Me limpié con el dorso de la mano derecha y di dos pasos atrás, a la vez que mamá y su comadre Juanita se fundían en un abrazo que se prolongó durante un minuto, intercambiando frases de consuelo y de aliento. Me encontraba afuera de la habitación y pronto más personas se arremolinaron frente a la puerta al enterarse del deceso. El padre Antuna le había brindado la extremaunción. Boris pasó, desinteresado, moviendo alegremente la cola, y yo le deslicé una caricia en el lomo. Fui hasta mi cama y me senté en la orilla, pensando en aquella sentencia:

—Tu hermana ya descansó.

Sobre mi cabeza empezaron a dar vueltas palomas mensajeras que dejaban caer sus recados y enmarañaban mis pensamientos: ¿morirse es entrar en un relajamiento tan profundo que verdaderamente se descansa? ¿Vivir cansa? ¿Dormir es descansar a medias? ¿Entonces los vivos nunca descansan plenamente? ¿A alguien se le antoja descansar muriendo? ¿Lucina no podía descansar viva? ¿Tenía que morir para hacerlo bien? ¿Mamá no exagera al decir que “al fin ya descansó”? ¿No era ésa una burla involuntaria?

Yo no tenía el menor ánimo de descansar. Lucina, la hermana mayor, la consentida de mis padres, la estrella fulgurante de la familia, había muerto, y yo no entendía cabalmente lo que eso significaba. Porque a los otros muertos de la casa no los conocí bien. Era demasiado pequeño para tener la conciencia necesaria. Al único que había visto morir era al Oso, un perro que se enfermó de rabia y

que encerraron en el patio chico, al que yo veía a través de una ventana larga y al que acariciaba deslizando mi mano sobre la superficie del cristal. El pobre perro, que alcanzaba a identificar mi voz, se arrastraba para responder a mi gesto. Le salía espuma del hocico y —a diferencia de lo que decían los adultos— no parecía nada amenazante. Por convivir con esa mascota, sobre la que cabalgábamos o que jugaba beisbol con nosotros en el pasillo principal, pagamos un precio muy alto y doloroso: veinte inyecciones antirrábicas o antitetánicas en la barriga que generaron un terror compartido con mis hermanos Mino y Nacho. Todos los días, al volver de la escuela, arrojaba la mochila sobre la cama y me iba directamente a la jardinera para verlo. Hasta que una tarde el perro desapareció.

—Lo llevaron a un hospital —aseguró mamá, esperando dar por cerrado el capítulo de su enfermedad.

El caso es que nunca supimos más del Oso. Yo tendría quizás cuatro o cinco años. Y le creí. Pero no sospeché que el perro había muerto. Fue Tavo —quien nos administraba ciertas dosis de crueldad para “educarnos” — el que sostuvo que el perro había muerto, que le habían inyectado una sustancia para “dormirlo” y después quemarlo porque había tenido rabia.

Ahí supe por vez primera lo que era la muerte.

Pero en esta familia a la que pertenezco se aprende pronto a ver morir a la gente que te rodea: la abuela, el tío, la prima, la hermana… La muerte es una señora que se pasea oronda por los largos corredores de la casa, arrastrando sus pasos lentamente y husmeando en las habitaciones a ver quién se le antoja.

2

La muerte fue el punto final de un largo proceso de sufrimiento que afectó a mi hermana Lucina, y que arrastró a mamá hasta el precipicio. La habían traído a casa dos semanas atrás en un estado crítico, con una infección renal tan grave que la puso al borde del fin, y los doctores de cabecera tuvieron que atenderla de tiempo completo para evitar que sucumbiera. La ciencia médica se puso a su servicio día y noche, y cuando mamá se dio cuenta de que no mejoraba notablemente su salud, decidió recurrir a otros métodos no convencionales para darle alivio. No dejaban entrar a nadie a la habitación, pero yo pude verla en un descuido. Estaba envuelta en una sábana blanca y llevaba una venda enredada alrededor de la cabeza. Parecía una virgen martirizada y sudorosa a la que le costaba mucho esfuerzo mantener los parpados abiertos.

Alguien le susurró al oído un método diferente, y ella, desesperada por la situación, acudió a las artes esotéricas para mantener a Lucina con vida. Vino a verla Ramón, un hombre de piel forjada por el sol del estero de Juan José Ríos. De huaraches y ropa sencillos, ojos de ratonzuelo y voz chillona, le dio a Lucina su diagnóstico:

—Le hicieron mal de ojo.

Mamá no entendió muy bien lo que le quería expresar, y él se lo explicó con mayor detalle.

—Alguien le hizo un entuerto a esta joven. Alguien la quiso perjudicar porque le tiene envidia y coraje, mucho coraje, tanto que la quiere ver difunta. ¿Me entiende?

—¡Ave María Purísima! —dijo Juanita, que siempre se hallaba a un lado de mamá, y se persignó tres veces.

A partir de ese momento, al suministro de sueros, inyecciones y cápsulas se agregaron limpias con albahaca y ruda, sahúmo con incienso por todos los rincones, humedecimiento con agua bendita y hasta invocaciones de espíritus a través del cuerpo y de la voz de Ramón, el médium que también le disputaría a la muerte la salud de mi hermana.

Durante una semana ocurrieron hechos extraños que casi desquiciaron a mamá y a las personas que estuvieron más cerca de Lucina: fuertes golpes a la puerta, pero al abrir, nadie; timbrazos a media noche, y al descolgar sólo la respiración de algo o alguien del otro lado de la línea; lechuzas negras en el interior de los roperos; voces detrás de las paredes; muebles que se movían solos de un extremo al otro de las habitaciones solitarias. Ramón responsabilizaba a una fuerza oscura de todo aquello. Pintó cruces de ceniza roja en las

puertas.

—Una fuerza muy pero muy poderosa quiere entrar en esta casa —sentenció con los párpados cerrados, en medio de un trance.

Sin embargo, el esfuerzo de los doctores y del propio médium fue en vano. El 1 de enero de 1970, agotada por el esfuerzo y harta del dolor que padecía, decidió rendirse y, por fin, cerró los ojos para nunca más abrirlos. Mamá casi moría con ella. Vertió su llanto sobre el rostro enjuto de su hija, impotente al percatarse de que su amor no fue suficiente para alejarla de la muerte. Entonces, aprovechando la súbita *orfandad* de mi madre, Ramón la hizo aferrarse a un deseo: establecer contacto con ella atravesando la frontera entre la vida y la muerte. Y Ramón sería el puente para borrar esa frontera infranqueable.

—Usted no se preocupe, señora mía, pronto va a poder comunicarse con su hija, hablar con ella. ¿Me entiende?

Ante aquella posibilidad, mamá cayó rendida.

Entró el padre Antuna y dio los santos óleos. Se reunieron los adultos y decidieron despedir a Lucina en la propia sala de la casa. Alguien se puso en contacto con una funeraria y organizaron la ceremonia con rapidez.

Lola, mano derecha de mamá, nos reunió en nuestro cuarto y nos dio instrucciones después de un breve sermón:

—Ahora que Lucina se ha ido, les quiero pedir algo: quiero que se porten bien, que no anden chiroteando de acá para allá. Se van a bañar, se van a poner guapos, aquí les pongo estos trajes; luego se van a peinar para que estén listos a la hora en que traigan a Lucina de la funeraria.

—¿De la funeraria? —preguntó Nacho.

—Sí, porque la van a arreglar.

—¿Arreglar?

—La van a poner bonita.

En ese momento descubrí que hasta a las mujeres muertas les imponen la tarea de mantenerse bellas.

—Se va a hacer el velorio aquí, así que quiero que hagan caso. No quiero que anden corriendo por los pasillos, van a respetar a Lucina. Vamos a despedirla bonito.

—Nacho, Mino y yo nos miramos y establecimos un pacto de complicidad con la mirada. No sospechábamos lo que pasaría a partir de aquel aciago día en casa, pero exigirnos que nos pusiéramos trajes no vaticinaba nada bueno. Creo que ni cuando hicimos la primera comunión nos vistieron con tanta formalidad. Un alud de reglas nos cayeron encima: prohibido jugar al fut, prohibido correr por los pasillos, prohibido gritar, prohibido reír, prohibido hacer ruido, prohibido ver televisión (al menos el aparato ni siquiera recibía la señal), prohibido sacar los juguetes, prohibido jugar a las escondidas

en el almacén, prohibido ir al cine, prohibido portarse mal. Con el deceso de nuestra hermana se instaló el Reino de lo Prohibido. En pocas palabras, en un chasquido teníamos que convertirnos en otras personas.

Esa misma tarde varios hombres, vestidos con pantalones negros y camisas blancas, trajeron una caja que me pareció un sarcófago egipcio por sus ribetes dorados y la suavidad de su madera, y lo montaron en medio de la sala, justo frente al retrato de Lucina que engalana la pared principal. Se hizo un alboroto silencioso y se reacomodaron los sillones, los floreros y la mesa de centro. Yo ignoraba que adentro de esa caja se encontraba confinada Lucina. Era la primera vez que veía un ataúd y la palabra se me hacía demasiado bella para hospedar a un muerto. Nos pidieron a los niños que los dejáramos trabajar y nos alejáramos de ahí.

—No estén de curiosos. Váyanse a su cuarto —ordenó Lola, que asumía el papel que le correspondía a mamá.

Nos bañamos, nos cambiamos, Nacho boleó sus zapatos y a mí me tuvieron que comprar un par porque los que tenía estaban muy raspados. Chabela, que entonces se hallaba cruzando el puente entre la adolescencia y la primera juventud examinó nuestras orejas, nos obligó a sonreír para mostrarle los dientes y nos ajustó el peinado.

3

Horas después la sala empezó a llenarse de gente, algunos los reconocimos a golpe de vista: su comadre Juanita y su esposo Chuy Andrade, Doña Marce, Mary Leyva, Chayo de Pano, Chicho, Ema, Don Rigoberto Beltrán, La Prieta, el señor Plata y su esposa Cuti, y otras personas que residían en la ciudad. Pero también empezaron a llegar personas de lugares foráneos, lo mismo de Culiacán, Mazatlán, Tecuala, Huajicori, Guadalajara o México. Así se hicieron presentes la tía María, de Tuxpan; Juan, el hermano de papá; Melchor; Margarito, el padre, así como doña Cande, Rosa, la tía Chita, el tío Miguel, María Cázares, Chema y la tía Pina. Todos venían a sumar su llanto al nuestro. Y con ellos, llegó una comitiva de primos a los que no habíamos visto en meses o años. El rostro se nos iluminó de alegría.

Primero llegaron Pepe, Leticia y Natalia Sotelo. Luego Julio y José Luis Castillo. También otros que conocimos ahí mismo: los hijos de Teresa. La edad que tenían oscilaba entre los ocho y los trece años. Y se unieron a los primos locales: Pepe, Cuate, Martín y Rubén. Nosotros lucíamos la elegancia incómoda de nuestros trajes, cabellos domesticados por la brillantina y zapatos que apretaban los dedos. Pero sobre todo, nos sentíamos lurios porque éramos protagonistas del evento: nuestra hermana era la muerta, y lo presumíamos con un gesto triste.

La sala no fue suficiente para albergar a tantas personas que asistían al velorio doméstico y ayudamos a colocar sillas en el pasillo más grande (donde solíamos jugar fut o beis) para que ellos se pudieran sentar. Con ello, sacrificamos el espacio ideal para jugar. Tomamos la azotea e invitamos a algunos primos a jugar en ella, sin importarnos que allí se encontrara la granja de papá. Subieron por la escalera de caracol, tomaron posiciones, recorrieron la amplia terraza y vieron a los animales.

—¿Tienen gallinas? —preguntó Julio con rictus asqueado.

Nacho y yo nos miramos, y en ese instante nos dimos cuenta de que había algo extraño en tener gallinas en casa.

—Sí. Y ponen huevos —agregué para justificar su presencia.

—Bueno, huevos hay donde quiera. Hasta en los supermercados.

—¿Súper qué? —preguntó inocentemente Nacho, sin saber que les tiraba una pelota para que la batearan a gusto.

—Supermercado. Es una tienda enorme que ofrece todos los productos que te puedas imaginar, y además, tiene aire acondicionado. ¿Aquí no hay, verdad?

—Todavía no, pero van a poner uno —dijo Nacho apresuradamente

pero nadie le creyó.

—¿Y qué? ¿Jugamos a la roña? —intervine para salvar la situación.

—Órale.

Durante unos veinte minutos corrimos de acá para allá persiguiéndonos y riendo. Poniendo las manos en jarras y burlando al perseguidor hasta que Chabe subió hasta la azotea para llamarnos la atención.

—¡Hey, niños, no anden correteando! Se oye un alboroto en la sala y la cocina. ¡Pónganse en paz, porque si no, doña Chole se va a enojar!

Empezábamos a sudar y el saco aumentaba la temperatura del cuerpo, por lo tanto, Nacho y yo nos lo quitamos. Chabe nos miró e hizo una reprimenda:

—Se van a empuercar la ropa. Y tu mamá va a poner el grito en el cielo. ¡Pórtense bien! ¿Qué les cuesta? Si no lo hacen, los voy a acusar.

—Está bien. Ya nos vamos a calmar —le aseguré.

Ya estábamos reunidos ocho primos e hicimos un círculo para platicar y presumir nuestras cándidas hazañas:

—Oigan, ¿ya vieron *Butch Cassidy and the Sundace Kid*?

—¿Buch qué?

—No Buch, Butch. *Butch Cassidy and the Sundace Kid.* ¡No saben pronunciar ustedes las palabras en inglés! No me digan que aquí en Mochis todavía no dan clases de inglés en las escuelas. Porque desde hace un chorro de años que las dan en Jalisco.

Me empezó a caer muy gordo Julio con sus alardes.

—Pues yo vi *El planeta de los simios.*

—Ciencia ficción —asintió Pepe Sotelo.

Nacho y yo (y creo que tampoco Pepe, Rubén o Cuate) no sabíamos qué demonios era ciencia ficción.

—Me gustó el final, cuando el astronauta sale del fondo de la tierra y descubre en una playa una estatua gigantesca.

—¡La Estatua de la Libertad! —se apuró a nombrarla Julio.

—Sí, ésa.

—Es uno de los mejores finales que he visto, aunque esa película la dieron hace dos años en Guadalajara, en el cine Metropolitan. ¡Es del año del caldo!

Otra vez nos propinó una bofetada. Al parecer llevábamos la de perder frente a los primos de Guadalajara y no podíamos ganar una.

4

Abajo, la ceremonia de despedida estaba en su apogeo. Las mujeres se aglomeraban en la sala para rezar el rosario, dirigidas por Mary Leyva, que era muy devota. La sala era un campo minado de flores. Un Cristo crucificado contemplaba afligido a la multitud que se acercaba a mirar por última vez a la difunta, y en señal de duelo, vertían algunas lágrimas y musitaban alguna frase inaudible, para expresar sus condolencias. Mamá, vestida de riguroso luto, con una mantellina negra, recibía los abrazos de los visitantes, que repetían las mismas exclamaciones:

—¡Ay, Lucina, tan bonita que era!

—¡Estaba tan joven!

—¡Dios la llamó porque necesita otro ángel!

—¡Al fin está descansando!

—¡Mi más sentido pésame!

—¡Dios la tenga en su gloria!

Juanita, Virginia o tía Pina se esforzaban en mitigar su dolor, ofreciéndole té de manzanilla, un caldo de pollo con cebolla, cilantro y mucho limón, o recomendándole que se marchara a su habitación a dormir. Sin embargo, ella se resistía a hacerlo por una sencilla razón: no iba a desperdiciar en una siesta las horas que le restaban a su hija sobre la tierra. Prefería, en definitiva, estar a su lado, aunque tuviera que estar enjugando sus lágrimas a cada momento. Quería que Lucina percibiera su presencia, aunque navegara en las aguas profundas del río que arrastra las vidas hacia el abismo final.

Cerca del ataúd una señora lloraba más que mamá. Y se esforzaba en mostrarse más dolida que la propia familia. Nadie la conocía pero se agradecía su gesto. Hasta que el tío Chuy le pidió que tomara un café y se comiera un pan de los que mandó doña Marce, para calmarse. No muy convencida, aceptó. También ahí se encontraba sentado en un rincón el *Pocaluz*, un cargador del mercado municipal que una mañana apareció frente a mamá y le hizo una tentadora propuesta a la que ella no se pudo resistir:

—¡Yo le doy un riñón a Lucina! Al fin que tengo dos: me sobra uno.

Ella se conmovió y a partir de ese día casi fue incorporado a la familia. Platicaba mucho con él, lo invitaba a sentarse a la mesa, lo pasaba a la sala a beber café o tomarse una limonada. Aquel joven tenía un ojo muerto y ello le había hecho acreedor de un mote espantoso: el *Pocaluz*, endilgado por los compañeros de labores que hacían ostentación de su sangre fría para endilgar apodos. No sé bien si su sacrificio obedecía a una convicción cristiana, si era un gesto de

franca generosidad, si quería integrarse a la familia o si estaba enamorado de mi hermana. Nunca lo supe. Pero el día que Lucina murió, murió ese futuro prometedor al que él aspiraba. Tal vez era una de las personas más tristes que asistieron al velorio. Aunque su tristeza tenía otras razones. Algunas personas se acercaron a la sala con el pretexto de despedir a la joven difunta pero era la elemental curiosidad o el morbo verdaderamente quienes las atrajeron como moscas hacia la bella mujer cuya carne empezaba a corromperse.

En el pasillo jugamos al teléfono descompuesto en voz baja, pero al reírnos, nos llamaron la atención de nuevo exigiéndonos silencio y no nos quedó otra más que refugiarnos en la recámara. Hasta allá fuimos Cuate, Nacho, Julio, José Luis y Pepe Sotelo, y al entrar me dio mucha vergüenza que vieran un poster de el Santo, porque no quería que pensaran que yo era un bobo admirador que se tragaba sus aventuras

—¿Te gusta el Santo?

—Me gustaba —dije, atrapado en el callejón sin salida.

—Es que ya a nadie le gusta el Santo en Guadalajara. Ya pasó de moda.

—Pues la revista sigue saliendo.

—Pero no es él. Él ya está muy viejo. Yo vi una foto donde sale sin máscara —dijo desenfadadamente Sergio.

—No lo creo. Eso es mentira —intervino Nacho.

Sin inmutarse, y con la seguridad que daba el tener información privilegiada sólo declaró:

—Es un señor pelón, así como el tío Chicho. No tiene chiste. Es un viejito.

No conforme con exhibir nuestras carencias, desenmascaraba a nuestros héroes legendarios.

—Yo vi *Santo contra la invasión de los marcianos* —dijo Cuate.

—Son películas para niños. A mí ya no me gustan ésas —repuso José Luis.

—Con esta alegata ya me dio hambre. ¿A qué hora nos darán de comer?

—No sé. ¿Qué hora es?

—Las seis y media.

—Aquí oscurece más tarde.

—Se me antoja una pizza —comentó Julio.

Nos miramos Cuate, Nacho y yo.

—¿Una qué?

—Una pizza.

—Una pisa.

—No, pizza. *Pizza*. Con *zeta*.

—¿No conocen las pizzas?

—Todavía no —respondí—, pero no tardaremos en conocerlas.

—Pues ojalá, porque están riquísimas. Se me antoja una de pepperoni —intervino José Luis.

—¿Pepe qué? —preguntó ingenuamente Cuate.

—Pepperoni. ¡Ay, no, de veras ustedes están en el siglo pasado!

Tuve la certeza de que esos primos nos miraban con los ojos de Colón al encontrarse por vez primera con los nativos de América. Me sentí un bicho. Nos hablaron del zoológico enorme que era una versión en miniatura de África, donde vivían al aire libre lo mismo hipopótamos, gorilas o búfalos; de una montaña rusa que te arrancaba el alma; de un circo de tres pistas o de un campo especial para jugar minigolf. Nosotros lo escuchamos con envidia provinciana. Impotentes para competir con semejantes ofertas de diversión y entretenimiento. En lo personal, detesté a mis primos en ese instante. ¿Para eso habían venido?

Luego nos llamaron a cenar y nos sentamos, de cinco en cinco, en la mesa de la cocina donde comimos menudo. Mientras la tía Luisa se acercaba a Julio y José Luis o la tía Chita a Pepe para preguntarles cómo estaban, yo urdía la manera de sacarme la espina. O mejor dicho, las espinas que me habían clavado hasta el fondo. La luz solar se fue fugando por las altas paredes de la casa y se instaló la noche con una luna mofletuda que nos miraba desde el cielo. Cuate y Pepe acudieron al llamado de su papá, el tío Chuy, y Leticia y Natalia conversaban con Alicia, en su habitación. Nos enteramos por Lola que los primos se quedarían a dormir en casa, así que debíamos darles lugar en nuestro cuarto. Sonreí al cerciorarme de que la oscuridad cubría el cielo y los rincones. Llegaba la hora de ajustar cuentas.

—Oigan ¿sabían que en el almacén del fondo se escuchan sonidos de monedas?

—¿Sonidos de monedas? – inquirió, intrigado José Luis.

—Sí, alguien cuenta monedas sobre una mesa y se oye clarito.

Levantaron los hombros, sorprendidos.

—Es el *Chino*. El fantasma del *Chino* que aparece en el almacén como a estas horas. Dicen que su cuerpo todavía flota en el aljibe.

—¿De veras?

—Si no me creen, vamos, y lo comprueban con sus propios ojos.

Noté que por fin empezaba a ganar una batalla.

—Mejor vamos al tapanco donde están los maniquíes. Nos metemos, apagamos la luz, y después de un rato van a sentir que los toca una mano tiesa; es la de un maniquí llamado Juliancito —añadió Nacho.

—Ustedes nos quieren asustar. ¡Se pasan!

—Si no eres gallina, vamos —lo desafié, envalentonado.

—O síganme. Les voy a enseñar algo que ustedes nunca han visto. —Los llevé al cuarto de la azotea donde guardaban los cachivaches. Ahí les mostré un murciélago muerto, ya en estado de deshidratación.

—¿Es un murciélago?

—Tiéntalo.

—¡No, hombre, asco!

—¡Tenías que ser de Guadalajara! Para eso me gustabas —sentencié triunfante.

—Mejor jugamos a otra cosa.

—Oigan, ¿por qué no jugamos al monstruo? —les propuse.

—¿Al monstruo? ¿Qué es eso?

—Es una versión de “las escondidas”, pero siniestra. Ya que todos se esconden, el que busca se convierte en un monstruo y después de contar hasta cien empieza la cacería. Siempre jugamos en el almacén donde se aparece el *Chino*.

José Luis y Julio cruzaron miradas y respondieron juntos:

—No, gracias, al monstruo no.

Luego nos asomamos por la barda y escupimos hacia abajo. No quisieron subir hasta el sitio donde se halla el tinaco y montarnos en él como jinetes. Les dio miedo. Jugamos a las vencidas y a golpearnos el dorso de las manos con las palmas, después de frotarlas una y otra vez. El ambiente se relajó un poco. Durante un rato, reímos y nos olvidamos de nuestros rencores.

—¿Cuántas personas se han muerto en tu familia? —pregunté, aún retador.

Julio, José Luis y Pepe Sotelo alzaron los hombros y contestaron:

—Ninguna.

—Pues a mí se me han muerto cuatro. Hasta te puedo dar los nombres.

Puse una cara de tristeza victoriosa.

5

En ese preciso momento Martín, mi hermano mayor, me llamó para bajar unas cajas con pan que mandaban de La Guadalupana, y a Nacho le pidieron que metiera a Boris en la jardinera porque andaba ladrando. Bajé por la escalera y alcancé a observar a papá con su hermano Cheché y otros amigos riendo a carcajadas. Me sorprendí. ¿No se suponía que la risa estaba prohibida durante el velorio? Les llevé una bolsa de pan para que acompañaran el café y pude escuchar un chiste que contó mi tío. Lo festejaron con ruidosas carcajadas que desafiaban el ambiente sombrío que reinaba. Sin embargo, nadie los metió en cintura, como a nosotros. De repente, una mano me sacó de aquella isla de adultos; era la mano de Lola, que me advirtió:

—Este no es lugar para ti. Además, ya van a rezar el rosario otra vez.

—Está bien.

—¿Ya viste que bonita quedo tu hermana? ¡Hasta parece que va a salir a una fiesta! —exclamó con falso entusiasmo.

—Será a un baile en el cementerio. —Abrí mi bocota.

—¡Qué falta de respeto es ésa, jovencito! Si no estuviera tan triste, le diría a doña Chole. Ve y discúlpate con Lucina. Ahí está.

Entré a la sala que no se hallaba atiborrada de gente porque varios habían salido a cenar o salían al balcón a tomar un poco de aire fresco. Miré el ataúd de color café con la tapa abierta para mostrar su rostro. A medida que caminaba hacia él, en cada paso que daba iba dejando atrás mi ligereza y el entusiasmo que me embargaba por estar reunido con mis primos locales y forasteros. Me detuve frente al extremo de la caja y me asomé temerosamente al interior. Entonces la vi.

Un escalofrío caminó sobre mi piel como una tarántula de patas peludas. Detrás de un delgado cristal encontré el rostro de Lucina, su rostro extremadamente delgado que ni el maquillaje pudo robustecer. Pero ni la enfermedad (o el mal de ojo, según Ramón, el curandero) pudo arrebatarle por completo la belleza. Se veía tan hermosa en su ataúd. Yacía profundamente sumergida en un sueño innombrable, en un sueño que no era de este mundo. En ese momento se acercó Julio a susurrarme:

—Vente. Vamos a jugar a “las escondidas”. Ya están todos listos.

Lo miré y sus ojos se amedrentaron. Lo tomé del brazo y lo llevé hasta el ataúd para que viera a Lucina. Con una mezcla de temor y timidez se asomó y su cara se puso pálida. Se le cayó la sonrisa al suelo. Lo solté y se alejó de la sala. Miré aquellos párpados que no se

abrirían más, su delgada boca que no volvería a pronunciar mi nombre. Observé la extraña paz que les brinda la muerte a sus elegidos. Y en ese justo instante mi mente se iluminó y cobré cabal conciencia de lo que estaba sucediendo a mi alrededor. Temblé de pies a cabeza hasta casi perder el equilibrio. Adentro de aquel ataúd se encontraba cautiva mi hermana, quien había muerto por la enfermedad renal o por el influjo de alguna brujería. Un estremecimiento y una revelación me embargaron. La muerte te despoja de la mirada, de los parpadeos, de los latidos, de las palabras. Y Lucina, la hermana mayor, la preferida de mamá (quien se hundiría en una orfandad abrumadora) estaba muerta, encerrada en aquel confortable y bello ataúd, que no era otra cosa que una caja que enterrarían para que su cuerpo no fuera víctima, inmediata, del hambre voraz de los gusanos.

Fui hasta el cuarto de los juguetes, que funcionaba como desván, y ahí, oculto, al margen de las miradas de todos, sentí correr por mis mejillas algunas lágrimas. Y el hecho de que yo supiera (y presumiera) que morir era una costumbre muy arraigada en nuestra familia no restó peso a mi aflicción. Cada dos años cumplíamos con un rito en esa casa: el sacrificio de un miembro para honrar un mandato divino. Juan Alfredo murió de neumonía, Juan había muerto de cáncer, la abuela Gueya de tristeza, y ahora Lucina, que era buena como el pan o como el sol. ¿Quién seguía en esa lista dictada por el azar o Dios?

Corrí en busca de mis primos que iban a jugar a “las escondidas”, con Nacho y Mino, mis hermanos. Y me apresuré a refugiarme en el lugar más distante y remoto de la casa, para esconderme de la muerte.

BONITA

1

La primera vez que escuchamos su nombre, estuvimos a punto de soltar una carcajada, y fue justo en el momento en que la maestra Esther pasaba lista: —Bonita Glorinela.

—Presente —exclamó ella con una voz avergonzada por exhibir su timbre chillón.

Todos volteamos hacia el mesa-banco donde ella se encontraba para ver a quién pertenecía aquella voz de ratonzuela. Porque bonita no era, y llevaba un vestido pasado de moda, unas tobilleras con holanes, el cabello sujeto con dos cordones rosas y, para rematar, unos zapatos de charol con hebillas que, de seguro, había heredado de su abuela. Ese primer día cada niño podía vestir la ropa que se le antojara, pues aún no se imponía la obligación de portar el uniforme. Y la mayoría de las niñas usaban pantalones de mezclilla con adornos, playeras estampadas y hasta tenis de luces; los niños, menos cuidadosos con su vestimenta, lucían playeras con sus superhéroes favoritos, pantalones de mezclilla y tenis para correr. Por lo tanto, Bonita Glorinela, en el recreo, parada debajo de un árbol y con la cara seria y apenada, parecía una muñeca antigua extraviada en el patio de la escuela.

Las otras niñas la miraron de reojo y no hicieron el menor intento por entablar una conversación con ella. Parecía un pez fuera del agua. Ella también evitaba el contacto; por ello empezó a buscar los sitios más alejados (cerca de las bardas o detrás de los baños) para sentarse y dejar pasar el tiempo. Así lo hizo ese día y los restantes de la semana. Prefería estar en el jardín, bajo la sombra de algún árbol, comiendo su desayuno, uno muy diferente al que traían o al que compraban los demás niños: tacos de huevo o de chorizo. Se sentaba sobre la hierba donde localizaba criaturas que a otros provocarían asco o temor: insectos de todo tipo y tamaño. Les ponía el dedo para que subieran a su mano lo mismo a cochinillas que a gusanos, grillos, cucarachas pequeñas o ciempiés. Y no mostraba ningún miedo. Un niño que pasó a su lado, al dirigirse al baño, miró la pequeña cucaracha que subía por su dedo índice y salió espantado a contarles a sus amigos lo que había visto. Pronto llegaron otros niños a ver el espectáculo, miembros de una pandilla que era el azote de los nerds: Cornelio, Luis Arturo, Richard, Marlon y Cirilo, el líder. Bonita puso el dedo en el pasto para que el insecto bajara y después se perdiera entre la hierba. Luego se puso en pie.

—¿Te gustan las cucarachas? —preguntó el líder.

No contestó. Trató de marcharse, pero ellos le hicieron un cerco y se

lo impidieron.

—¿Por qué eres tan cerda?

Bajó la mirada.

—¿Sabes qué? No eres bienvenida en esta escuela. ¡Deberías volver a la granja de cerdos donde vivías!

Entonces musitó una frase.

—Déjame en paz.

—¡Ay, sí, "déjame en paz"! Mientras estés en mi escuela no tendrás paz.

En ese momento sonó el timbre que anunciaba el regreso a clases. Al aula.

—Te salvaste.

Ése fue el principio del acoso constante que Bonita padecería ante aquella turba de chicos.

Como alumna, era obediente y responsable, y no causaba problema alguno a la maestra. Entregaba sus tareas con una limpieza y calidad que provocaban envidia y asombro a los demás compañeros del grupo. Nunca le llamaron la atención y la profesora habría estado encantada si hubiera tenido otras dos Bonitas en su aula. No batallaría con alumnos como Cirilo, Javier, Orzo, Marlon o Nereida, que tenían la cabeza más dura que un coco.

Y ellos comentaban en voz alta, para que los escuchara:

—Es una ñoña.

—Sólo alguien que no tiene nada que hacer puede dedicarse de tiempo completo a hacer las tareas.

—Deberían ponerle una estrellita ensalivada en la frente para que se la presuma a su mami.

—Lo único que logra es ponernos en ridículo. Creo que ya es hora de que le demos una buena lección —propuso Cirilo, a quien las ideas perversas se le daban con cierta naturalidad.

Es cierto, por lo general, que los niños aplicados son objeto de admiración de los maestros y del director, y la escuela suele enorgullecerse de ellos, pero son terriblemente repudiados por algunos de sus compañeros. Bonita lo supo de inmediato, porque el jueves, al terminar la jornada, la maestra olvidó indicar la tarea y ella se lo recordó. La mayoría del grupo le lanzó miradas asesinas.

—Tienes razón. Gracias por recordármelo —repuso la profesora y anotó la tarea en el pizarrón.

A la mañana siguiente, Cirilo y sus compinches la atajaron al salir del baño, se la llevaron hacia la parte posterior, y ahí le hicieron pedazos la tarea. Cirilo la amenazó: —Si vuelves a decirle a la maestra que no ha dejado tarea, te vas a morir, ratona.

Supo que era inútil esmerarse en ser una alumna ejemplar, que eso les importaba un cacahuate a los seres como sus compañeros de aula.

Cuando se hallaba ensimismada resolviendo unas operaciones, la maestra Esther la miró detenidamente y sintió lástima por ella. Su cara demacrada —los huesos asomando sin pudor, como esperando romper la piel amarillenta— no era agradable, y carecía de equilibrio y armonía. Una palabra la definía a quemarropa: fealdad. Por ello, prefirió evadir su primer nombre, Bonita, y sólo llamarla por el segundo, Glorinela. Así trataría de que las burlas y los murmullos contra ella no se le vinieran encima. Podía detener el encono de los alumnos en su contra si se hallaba presente, pero si no era así, éstos aprovechaban su ausencia para reírse a sus costillas y mofarse de su nombre. Era como un pajarillo desplumado, indefenso ante la intemperie.

Había llegado a la escuela en ese ciclo escolar y había sufrido las inconveniencias típicas de los niños que llegan de otras ciudades, o incluso de otras escuelas: los abruma un pesado sentimiento de extranjería, padecen el síndrome del insecto y anhelan que la tierra se abra y se los trague de un bocado. Justo como yo me sentí también cuando llegué a esa escuela, dos ciclos atrás. Te paran frente al grupo entero, te presentan con mucha solemnidad y dicen tu nombre mientras luchas por que no se te quiebren las rodillas y te desmorones, mientras los ojos incisivos de los alumnos que están en el grupo desde primer grado o incluso desde preescolar, te apuñalan. Y la maestra titular da instrucciones cursis (“vamos a brindarle una sonrisa a nuestra recién llegada”, “ella espera encontrar un amigo en cada uno de ustedes”, “es un honor que forme parte de nuestro grupo”) que a los niños les entran por una oreja y les salen por la otra. Así debe de sentirse cuando estás frente al pelotón de fusilamiento.

2

Vivía con su mamá, Segismunda, una señora alérgica a la luz solar, como varios miembros de la familia: las enfermedades de la piel habían enviado a la tumba a seis de sus antecesores. Por eso se refugiaba en un chal negro que le cubría la cara y por donde se asomaban unos ojos tan grandes que parecían querer abandonar sus cuencas. Estricta con la limpieza, detestaba el polvo y la mugre, pero no las telarañas ni los nidos de golondrinas en los vértices de las altas paredes que tenía su inmensa casa. Una mansión antigua ubicada en el centro de la ciudad, donde otras mansiones de la época soportaban el peso del siglo sobre sus muros agrietados y sus techos próximos a desplomarse. El oscuro pasillo de la entrada desembocaba en un patio donde un flamboyán y un eucalipto brindaban sus sombras ante una intimidante ceiba que se elevaba por encima de la tercera planta y rasguñaba las nubes. De las ramas de los árboles colgaban jaulas donde cautivos cantaban dos canarios, un petirrojo y un cenzontle. Sobre varias macetas de barro reposaban orquídeas, girasoles, alcatraces y petunias. Una buganvilia coloreaba la pared del fondo, justo a un costado de la cocina, de donde se elevaba el vapor de las cazuelas. Por aquella casa deambulaban al menos ocho o gatos que gozaban de total impunidad para dormitar en los sillones, en los quicios de las ventanas o en las camas, o para vaciar sus intestinos donde se les antojara. Por ello Bonita tenía como deber prioritario encargarse de desaparecer las cacas en cuanto regresara de la escuela.

Los gatos solían seguir con fidelidad a su madre, como un cortejo de siervos, y ella les deslizaba sus largos dedos sobre el lomo con una ternura que ella a veces envidiaba.

Su relación era fría y distante, no parecía que las uniera la sangre. Se comportaba como una máquina que daba órdenes a diestra y siniestra: —Lava los trastes. Limpia esos orines. No abras la cortina. Toca un vals. Córtame las uñas de los pies. Quítame canas. Tapa las jaulas. Riega las plantas. No te comas las uñas. Apaga la luz. Pon mi dentadura en alcohol. Cierra las ventanas. Afila las tijeras.

Y ella era una esclava en tiempos modernos.

La señora se dedicaba a preparar mermeladas extrañas que vendía a los distribuidores del mercado central. Lo mismo elaboraba una mermelada de zarzamoras, que más bien parecía de cucarachas, que otra de higos, que semejaba jalea de escarabajos. La gama de sabores y frutas iba desde la fresa hasta el chabacano, aderezadas con chile piquín o chile de árbol. Sin embargo, las que eran más demandadas eran aquellas que satisfacían los gustos más exóticos de sus clientes:

mermeladas de hormigas culonas, de saltamontes, de larvas de mariposa, de lombrices panzonas o de caracol. Por eso, la vez que estuve en su casa y que su mamá me ofreció unas rebanadas de pan de grano y mermelada al gusto, dudé unos segundos y pensé que tal vez a las mermeladas “normales” les añadía un ingrediente secreto a su alcance: unos ojitos de mosca panteonera o unas patas de tarántula para que le dieran el toque mágico. Preferí decirle que no podía comer dulce porque mamá me lo tenía prohibido, por mi peso. Era mejor aquella mentira que tragar ese potaje inmundo.

3

Porque yo fui su única amiga. Una de las pocas a quien no le divertía verla sufrir. Y la que se atrevió a acercarse para darle consuelo. Me identifiqué con ella porque yo era una niña que pesaba más de la cuenta. De hecho, su llegada vino a salvarme un poco del asedio de esos canallas que vieron en Bonita un nuevo blanco para sus insultos y bromas estúpidas.

—Ya llegaron *La Gorda y la Flaca*. Se va a poner buena la función —dijo Cirilo haciendo escándalo ante sus amigos. Y yo, saqué valor de quién sabe dónde para responderle: —No les hagas caso: tienen un cerote de perro en lugar de cerebro.

Todos se carcajearon y él acabó dándole un empujón a Javier.

—Pinche gorda. Me la vas a pagar.

Le agarré la mano a mi amiga y salimos de ahí apresuradamente.

Así me gané su confianza, y a partir de entonces permitió que me sentara a su lado a comer nuestro desayuno. Me costaba mucho trabajo sacarle las palabras. Por lo común, respondía con monosílabos. Y ya de cerca me percaté de que era una niña ordinaria como la mayoría de nosotras, que de pequeñas soñamos con ser princesas de algún reino lejano, tener nuestras muñecas favoritas y peinarlas, festejar el cumpleaños con una linda fiesta que nos convierta por un día en el centro del mundo y que nos regalen un pastel que llegue hasta el techo.

Un día su mamá le dio permiso para invitarme a su casa, con el pretexto de hacer una tarea en equipo. Estábamos en quinto grado, pero ella seguía jugando con muñecas y coleccionando osos de peluche de todo tipo y tamaño. Yo hacía rato que había superado esa etapa.

Nos recibió su mamá en el oscuro pasillo que va de la puerta de entrada hacia el patio. Rápido supe que no era un modelo a seguir, pues no hizo el menor esfuerzo por sonreír y de inmediato noté que tenía un humor de los mil diablos, visible a cien metros de distancia. Casi echaba humo por la nariz cuando hablaba. Me miró de pies a cabeza como a un sapo y luego me preguntó: —¿Vas en el salón de Bonita?

—Sí, señora.

—Yo quisiera que esta niña ya no fuera a la escuela. Es una pérdida de tiempo. Las escuelas de ahora no sirven para nada. Cuando yo daba clases, era muy distinto. Además, aquí hay muchas cosas por hacer.

Ignoraba que era o había sido maestra. Bonita nunca me lo contó. En ese momento se escuchó que alguien disparaba un beso. Ella se

detuvo, observó la pared y dio un manotazo. Una pobre lagartija besucona cayó muerta al suelo. La señora añadió: —Te digo que hay mucho trabajo en casa!

—¡Ay, mami, pobrecita!

—¡Qué pobrecita ni qué ocho cuartos! ¡Ésta plaga ya me tiene harta!

Jamás se me habría ocurrido agregar que ella la pasaba, además, muy mal, gracias al hostigamiento de Cirilo y sus descerebrados. Eso sería el acabose. Decidí soltar mi mejor sonrisa y me cedió el paso.

—Con permiso.

Atravesamos el patio y subimos por una escalera hacia la habitación de Bonita. Era circular, como si estuviera en la torre de un castillo medieval, pero estaba decorada con motivos propios de una niña: repisas con muñecas sonrientes, osos de peluche, cuadernos para colorear, dos cajitas musicales, una lámpara rosa, un perchero donde reposaba un abrigo, libros de hadas, diamantina de colores, un diario personal con una llave al lado, la cama, un baúl labrado de madera, dos burós y un tocador con espejo. A través de una ventanilla en la parte superior se colaban unos rayos de sol que palpaban el muro donde se encontraba un anticuado televisor Zenith. A un lado estaba un caballito de madera con crines de peluche, inmóvil sobre sus patas de resortes.

—¿Era tuyo ese caballo? —pregunté, extrañada porque a las niñas no les suelen gustar esos juguetes.

Volteó a verlo y exclamó:

—Era de mi hermano.

—¿Y dónde está? ¿Él no va a la escuela?

—Murió hace muchos años.

4

Las amonestaciones de la maestra Esther no tuvieron éxito y los muchachos seguían molestando a Bonita en cuanto tenían oportunidad. Lo mismo le aventaban papeles arrugados a la cabeza que le tiraban un balonazo a la cara cuando descansaba en el césped durante el recreo.

Un día, al volver al salón, se dirigió a su lugar bajo las risitas burlescas de los otros, pero trató de no ponerles atención, abrió su libro de Lecturas y se puso a leer. No pudo concentrarse porque las risas aumentaron de volumen cuando Cirilo, festivo, comento: —Tu novia. Ya llegó tu novia, Marlon. Ahí está la flecha que los une para siempre.

Y en el pizarrón se encontraba un dibujo mal hecho donde la esmirriada figura de una niña se agarraba de la mano de otra figura de palitos mientras los envolvía un corazón flechado y dos nombres: Bonita Glorinela y Marlon.

Con la mano borró su nombre y puso "Sirilo" en su lugar.

—Mira, güey, ya cambió de novio la bruja.

Se lanzaron dimes y diretes:

—Primero muerto. Yo no andaría con esa vieja.

—Pues menos yo. Esta más fea que un cero en Mate.

Bonita solamente mantenía la vista abajo y se esforzaba en no hacerles caso.

Esa misma tarde se miró en el espejo y tuvo la sensación de que la nariz se estaba cayendo y parecía más ganchuda. Los ojos estaban hinchados, tal vez porque había llorado mucho a solas, lejos de la mirada de su madre, que si se enteraba, seguro la castigaría por quedarse con los brazos cruzados. También notó que le empezaron a salir vellos en los dedos de los pies. Miró de nuevo el espejo y un impulso desconocido la embargó por vez primera: el desprecio. Sí, el desprecio a su rostro, pero también el desprecio a sí misma, a la vida sumisa y callada que llevaba, a su obediencia escolar, a su disciplina y a su alto sentido de la responsabilidad. De nada parecían servir en esta vida. Odió su nombre. ¿A quién demonios se le ocurría endilgarle un nombre como aquél a una niña que a leguas se veía que la belleza la había abandonado? La respuesta era sencilla: a su madre.

Lo peor ocurrió el segundo lunes de marzo. La directora pasó a los salones a pedirle a la maestra de cada grupo que eligieran a su candidata a Reina de la Primavera, que se coronaría el 21 del mismo mes. Se harían votaciones directas a través de papelitos. Cirilo y sus secuaces les pidieron, con sigilo, a los demás niños que anotaran el

nombre de Bonita. Las niñas propusimos a nuestra candidata. Algunas a Priscila, otras a Maru o a Joanna. Cuando descubrió los nombres y sumó los papeles, la maestra se sorprendió al advertir que Bonita había ganado. Todos los alumnos guardaban un hermético silencio. Incluso Cirilo.

—Bien, Bonita Glorinela, serás la candidata del Quinto B a la Reina de la Primavera. ¡Mucha suerte, mi niña! —Y le dio un abrazo. Todos aplaudieron.

Cuando salimos de clases ese día, hasta Cornelio o Luis Arturo le palmearon el hombro y la felicitaron sin el menor asomo de burla. Ella sonrió.

No sé cómo convenció a su madre para que le comprara un vestido de flores y unas zapatillas, pero lo logró. Le habrá prometido el cielo y las estrellas. Yo fui incapaz de decirle que mejor renunciara, que no tenía caso, pero no me animé pues pensé que en realidad la envidia me corroía.

El día cero llegó y Bonita se maquilló como pudo. Parecía que la había orientado su tatarabuela y ella misma le había prestado labiales y polvos de arroz. De todas maneras, cuando la vi, me dije: —No hay chica fea, sino inexperta en las artes del maquillaje.

Los demás la miraron, pero no dijeron ni pío.

Bonita no quería pasar al frente y ensayar su presentación, pero al final se levantó y pasó al frente. La impulsaba la idea de que ése era el primer paso para la aceptación en el grupo.

—Adelante, Bonita —dijo la maestra.

Ella le respondió con un tímido:

—Gracias.

Sus ojos bailoteaban de un lado a otro.

—Hola, buenas tardes a todos. Soy Bonita Glorinela, estudiante de la escuela Benemérito de las Américas y alumna del grupo Quinto B, a quien orgullosamente represento. Vengo a participar con mucho entusiasmo en este concurso que celebra la llegada de la primavera, una época donde las flores abren sus pétalos, las abejas liban en ellas, los pájaros cantan en los árboles que han restañado sus hojas, y el viento arrastra el aroma floral por doquier. Si yo obtengo la corona, pediré que arranquen la hierba de nuestros jardines…

—¡Arráncate los pelos, mejor! —interrumpió una voz archiconocida.

Una ola de carcajadas se le vino encima.

—Y de una vez manda pintar mejor los espejos, para que nadie vea tu cara.

Una segunda ola la revolcó.

—¡Cállense, malditos! —grité con todas mis fuerzas, casi en vano.

—¡Viva la reina de los payasos! —gritó Cirilo. La maestra llamó al orden, pero la algarabía no cesó durante tres minutos al menos.

De repente la euforia fue bajando cuando observamos que un líquido amarillento se escurría entre las piernas de Bonita. Los alumnos fueron de la sorpresa a la burla más cruel e incisiva. Y los niños, solamente los niños, hicieron un coro unánime: —Miona, miona, miona, miona.

La maestra quiso abrazar a Bonita, pero ella salió corriendo de ahí, abandonó su mochila, y no regresó nunca más. Ni siquiera su mamá se preocupó por recoger los documentos oficiales durante las siguientes semanas. Era razonable que decidiera sacarla de esa escuela. Le sería fácil inscribirla en otra, gracias a su excelente desempeño académico.

Pero no ocurrió así.

Yo la busqué esa misma tarde en su casa, toqué la puerta sin recibir respuesta. Supuse que se encontraba destrozada por el acoso de los tarados que teníamos por compañeros. Creo que yo tampoco volvería a poner un pie en un lugar repleto de gentuza semejante.

5

Como al quinto día después del penoso incidente, por fin me abrió. Parecía que hubiera llorado mucho, porque tenía unas ojeras profundas y oscuras.

—Hola —le dije y la abracé. Ella no hizo el menor esfuerzo por alzar los brazos para devolverme el gesto. Caminamos hasta el patio, y antes de que pudiéramos subir a su habitación, apareció su mamá con su vestido negro de botones hasta el cuello, rematado con encaje blanco. Se paró frente a mí, y con actitud intimidante me escupió una pregunta a bocajarro: —¿Tú no eres amiga de esos repugnantes niños que atacaron a Bonita?

Levanté la barbilla, indignada, y contesté:

—¡Claro que no, señora! Yo soy amiga de ella. Tal vez la única.

—Te voy a decir algo, niña. Detesto a los niños. Son una plaga despreciable sobre la faz de la tierra. Por mí, podrían reunir a todos esos mocosos de tu salón y meterlos en un molino para convertirlos en carne para albóndigas. Incluso en mermeladas. No sé por qué la gente los adora tanto si son tan impertinentes, tan groseros y salvajes.

Pensé que no era tan mala idea convertir a aquel puñado de canallas en puré. Estaba hipnotizada escuchándola.

—Yo le dije a esta niña cabezona que no asistiera a ese concurso de niñas bobas, pero es más necia que una mula. Era meterse en la boca del lobo. Además, la belleza tal como la entiende la mayoría, no es una de sus virtudes. ¿O acaso está tan ciega que no se da cuenta de que es fea ante los ojos de la gente ordinaria? Ellos tildan de feos nuestros rasgos porque son incapaces de observar que la fealdad tiene su propia belleza, una belleza más profunda e inexplicable, una belleza que no es capaz de registrar el ojo común. Por eso, decidí que ya no irá a la escuela. Corre menos peligro encerrada en esta casa.

—Si no asiste, va a perder el año —repuse, preocupada.

—¡Qué importa! Si ya perdió la confianza en sí misma da lo mismo que pierda uno o cien años escolares. Eso es lo de menos. Si la escuela no pudo formar su alma, yo se la cincelaré a martillazos. Ya estuvo bueno de comportarse como una lagartija cobarde. De nada sirve portarse bien en este mundo.

—No diga eso, señora.

Sin considerar lo que dije, y como si no estuviera ahí, continuó con su larga perorata: —¿No estás harta de ser buena?

Bonita levantó la mirada y de pronto encontré un brillo desconocido en ella. Los canarios empezaron a volar sin control dentro de su jaula y a golpearse contra las rejas, como si desearan escapar. Doña

Segismunda sonrió satisfecha y exclamó: —Buena señal.

Recargada sobre la pared, justo a un lado del eucalipto, se encontraba una escoba vieja de palma, y por un momento pasó por mi cabeza la idea de que se montaría en ella y saldría volando. Luego subí con Bonita a su cuarto y traté de convencerla de que, aunque sintiera la tentación de hacer el mal, no se dejara vencer. Fue entonces cuando me pidió un favor: que le consiguiera el domicilio de cada uno de los niños.

—¿El domicilio? ¿Qué piensas hacer?

—Sólo consíguemelo —me suplicó estrechando mis brazos. En ese instante noté un extraño deterioro en sus dedos.

—¿Qué tienes? —le pregunté al notar que sus uñas estaban carcomidas y con restos leves de sangre seca.

—Nada.

—¿Te comes las uñas?

—No es nada… ¿Me puedes hacer ese favor?

—Lo voy a intentar. Seguro las tendré que robar de la escuela. Pero está bien lo haré por ti. ¿Es para escribirles a sus papás?

Levantó la cara y solamente sonrió.

6

La situación en la escuela no se calmó con su ausencia. Todos los varones del grupo fueron castigados severamente: los reprobaron en Formación cívica y ética, y la mayoría llevó sus boletas con un vergonzoso numero rojo. Cirilo y sus allegados prometieron venganza. Hasta invitó a su primo Braulio, que era mayor y muy bueno para el grafiti, a que lo acompañara a pintarle algo a la casa de Bonita. El siguiente sábado, pintaron estas frases en las paredes y la puerta: Aquí vive la miona.

Reina de las cucarachas.

Trabaja en un circo.

Cara de lagartija.

Cuando terminaron, Cirilo golpeó la puerta con los puños; después, todos le lanzaron piedras. De repente, notaron que la puerta se abrió y apareció la figura de una señora encorvada, de aspecto sombrío y con un gesto de mal humor que se distinguía a cien metros de distancia. Uno de los niños que arrojó al suelo el spray. Sólo pudo escribir: “estás horri”, y la *i* se convirtió en una línea que cayó hasta esfumarse. El muchacho corrió, nervioso, hasta juntarse con el resto del grupo. Segismunda leyó los letreros, vio la imagen de una niña con vestido blanco, coronada por una cabeza de cachora besucona, y enseguida les dedicó una mirada fulminante que aspiraba a derretirlos y dejarlos convertidos en una masa amorfa sobre el pavimento.

—¡Lárguense, malditos!

—Cállese, déjenos ver a la renacuaja —gritó Richard.

—¡Bola de vagos!

Una piedra voló y le abrió la frente. La sangre manchó su vestido. La mujer no mostró dolor. Se llevó el índice a la hemorragia y después a la boca, para probar la sangre.

—¡Es una bruja!

—Igual que su hija.

Yo miré todo escondida detrás de unos arbustos. Sabía lo que iban a hacer porque Cirilo lo hizo público en las redes. No hice nada para impedirlo. Temí que me atacaran o me hicieran algo peor que a Bonita. Lo último que alcancé a oír fue cuando la señora los amenazó:
—¡Todo esto lo van a pagar, desgraciados! ¡Los maldigo!

—¡Lo que quiera y cuando quiera, vieja podrida! —retó Cirilo, mientras Braulio le palmeaba la espalda, felicitándolo.

Luego dio media vuelta y cerró la puerta.

7

La última vez que fui a su casa pude entrar porque su mamá no estaba. Tuve suerte, porque ya le había prohibido volver a tener contacto con cualquier niño. Ya no sonrió aunque le hice bromas y me esforcé por hacerla reír. Un gesto de profunda tristeza se adueñó de su rostro, y parecía tener la cabeza en otro mundo. Como que ya no pertenecía a éste. Subimos a su cuarto para entregarle la lista de domicilios. Fue entonces que advertí, a pesar de la penumbra, que algunos de sus osos de peluche estaban despanzurrados y ya no tenían ojos.

—¿Qué pasó?

—Nada.

—¡Pero si les quitaste los ojos a estos peluches, Bonita!

—Es que cuando me pongo nerviosa me da por morderme las uñas, pero como mi mami dijo que me quemaría los dedos si seguía haciéndolo, mejor me puse a quitarle los hilitos de los ojos a mis juguetes para tranquilizarme.

Supe que algo raro estaba pasando cuando vi que los libros para colorear, los cuentos de hadas y los adornos de princesa ya no se encontraban ahí.

—¿Dónde están todas tus cosas?

—Las quemé —dijo y apuntó a la chimenea

Señalé a las repisas donde se hallaban sus muñecas y, tratando de que no me temblara la voz, le hice otra pregunta: —¿Por qué tus muñecas no tienen cabeza?

—Se ven más bonitas.

Había roto con su pasado. Y, de alguna manera, con el puente que la conectaba con su infancia. En ese momento supe que ya no habría camino de regreso. Bonita Glorinela nunca volvería a ser una niña.

No la volví a ver. Fue como si se la hubiera tragado la tierra. Yo pasé varias veces frente al domicilio, pero no se notaba señal alguna de que ahí viviera alguien. Las frases que pintaron los compinches de Cirilo se fueron cayendo como hojuelas arrancadas por el sol. El letrero que anunciaba la venta de mermeladas dio lugar a otro que anunciaba: *Clases de Etimologías. Solo niños.* La casa envejeció de la noche a la mañana. La madera se fue pudriendo con la lluvia, la hierba exigió su reinado entre las baldosas que se dejaban ver cuando la ventana permitió un resquicio, y el techo acabaría por desplomarse tarde o temprano. Todo en cuestión de unos cuantos días.

Fue en esa primera semana de vacaciones cuando empezaron a desaparecer niños en esta ciudad. Braulio. Cirilo. Marlon. Como si se

hubieran evaporado. Nadie sabe que pasa pero yo sí. Los niños están adentro de esa casa. Bonita ya no colecciona muñecas, sino almas de niños muertos.

EL OTRO

La inesperada llamada a las tres de la mañana lo encontró despierto. Sufrió el insomnio desde que se acostó y apagó la luz. Aun así, no fue fácil encontrar el teléfono y escuchar aquella voz fría como el siseo de una serpiente:

—¿El señor Plácido Núñez?

—¿Quién habla?

—¿Estoy hablando con el señor Plácido Núñez, sí o no?

La voz era categórica e imperativa. No pudo evitar el titubeo.

—Sí, sí.

Fue entonces cuando escuchó la revelación más dura de su vida:

—Lamento tener que decírselo, señor, pero su madre ha muerto. Encontramos su cuerpo en el departamento donde residía.

Enseguida el silencio lo amordazó, las lágrimas se desencadenaron, las interrogantes saltaron en la cabeza. No eran muy unidos desde hacía tiempo, pero a fin de cuentas era su madre, y no había muerto en paz.

Tenía que presentarse en el lugar y cerciorarse de que la víctima de aquel asesinato era efectivamente su madre.

Condujo en medio de aquella ciudad desolada donde el vapor levantaba sombras fugaces y se escuchaba a lo lejos el rugido de algún motor a toda prisa.

La cinta amarilla para resguardar la escena del crimen ya estaba tendida. Se identificó y le permitieron subir al departamento. Al entrar se percató de que la escena era atroz. El cuerpo yacía derrumbado sobre la cuadrícula de las baldosas. Le habían despedazado el cráneo. El investigador de la policía le reveló que hallaron restos de dientes. Al decírselo, el oficial lo observó con detenimiento, fiscalizando cada parpadeo y la firmeza de su mirada. No encontró nada sospechoso. Plácido hasta lloró un poco y, apenado, se limpió las lágrimas con un pañuelo mocoso.

Su madre había sido atacada por uno o varios ladrones. Se habían llevado todo lo que guardaba de valor y estaba a la vista: las joyas que tenía en prenda, una computadora, varios celulares y dinero en efectivo. El asesino o los asesinos habían revuelto cajones, roperos y mesas, en la búsqueda de más dinero, tal vez. De seguro sabían que era prestamista. Nada raro, pues su trabajo era del conocimiento de todo el barrio, e incluso más allá.

—¿La señora vivía sola?
—Sí, que yo sepa sí.
—¿No sabe entonces si vivía sola?
—Sola con su gato Mencho.
—Pues el gato no aparece por ninguna parte. Espero que no sea nuestro criminal.
El chiste no le hizo ninguna gracia a Plácido.
El policía a cargo de la investigación le advirtió que en el curso de los próximos días lo llamaría para una entrevista. Plácido asintió dócilmente. Le dio la mano para despedirse y se marchó a su departamento.
El sueldo que recibía como jubilada de la Magistratura era alto y le permitía practicar, al margen de todo cauce institucional o fiscal, ese trabajo. Usurera, ése era el término. Usurera. Una maldita usurera. El término le incomodaba, le producía cierta repugnancia por lo que significaba: aprovecharse de la desgracia del prójimo para acumular fortuna. Fortuna que solía guardar en una caja fuerte que se encontraba detrás de una imagen guadalupana. Cuando eventualmente alguien le preguntaba qué hacía su madre, solamente respondía:
—Es jubilada.
Ya de vuelta en su departamento se preparó un café soluble en la cocina, sacó unas galletas y buscó Splenda en los cajones. Una lágrima cayó en aquel desabrido líquido. Fue la única persona que lloró la pérdida. Nadie más derramó una lágrima por ella, nadie le brindó, al menos, una condolencia por lástima.
Con las entrevistas e interrogaciones policiacas se enteró de una red de relaciones establecidas por su madre que él ignoraba o que no conocía con en detalle. Así supo que le quitó las escrituras de una casa a un hombre desesperado por conseguir dinero para las quimios de su hijo; que a un exconvicto le exigió los documentos de propiedad de un auto a cambio de un préstamo irrisorio y que jamás pudo recuperarlo; que incluso aceptó una silla de ruedas como prenda para conceder otro crédito. No se tocaba el corazón para hacer esta clase de negocios. La desesperación era su mejor aliada.
En el barrio había gente con las suficientes razones como para matarla. Él no era un ingenuo. Lo sabía muy bien. Una roca podía ser más blanda que ella. En carne propia lo había comprobado. ¡Cuántas veces no le pidió un poco de dinero, aunque fuera prestado, pero ella se lo negó! Ni el hecho de ser su único hijo le concedía ese privilegio.
—¡Eres un bueno para nada, igual que tu padre! ¡Ponte a trabajar y gánate el pan con el sudor de tu frente!
Aquellas palabras aún rebotaban dentro de su cráneo.
La necropsia había revelado un golpe con un bat de beisbol, que

hasta el momento no había sido encontrado. Hubo expulsión de masa encefálica, sangre derramada a borbotones y otros fluidos corporales, pero extrañamente no quedó una sola huella del verdugo o los verdugos. También constataron que había perdido varios dientes, si bien usaba una dentadura postiza, que tampoco aparecía. La única pista era el testimonio de un vecino anónimo, que dijo haber visto cómo una sombra atacaba a la anciana. Pero esto no permitía establecer identidad alguna.

El investigador lo entrevistó en su propio departamento y él tuvo la serenidad para darle toda la información. Se sentaron en la sala después de que recogió un platón, dos vasos y cuatro botellas de licor. Luego sacudió las migajas y las arrojó al piso. Trajo agua y un café. El policía ni por cortesía le dio un sorbo al vaso con agua. Se levantó y recorrió el lugar. Observó el desorden en la mesa, el sillón, las repisas, los platos sucios, las cajas de pizza y los botes de cerveza vacíos. Y miró algunas cucarachas descaradas paseando entre los restos de comida diseminados en la formica.

—Es una proeza que usted pueda vivir aquí, amigo —le dijo con cierta sorna el policía y se encaminó a la salida.

Plácido lo acompañó, pero en ese momento percibió que había alguien en el baño. Era una idea absurda, loca. En cuanto cerró la puerta después de despedir al agente, fue al baño y se asomó temerosamente. Por fortuna lo único que vio era su propio rostro reflejado en el espejo.

Nunca creyó en fantasmas, ánimas desbalagadas o cachivaches semejantes. Él se consideraba hijo del siglo XXI. Su madre era aficionada a toda la parafernalia propia de la superstición o del Más Allá. Tenía su casa llena de veladoras, cirios, santos, estampas y crucifijos. Mantener al Mal lo más lejos posible era su tarea diaria. Pronto tendría que hacer una verdadera limpieza de aquellos enseres de su madre. Algunos los regalaría a las vecinas (nadie rechaza un santo o una estampa sagrada) y otros los tiraría a la basura con discreción para evitarse molestias y suspicacias. Finalmente remataría los objetos empeñados al menor precio posible.

Pocos días después, la policía ordenó el retiro de los sellos y la cinta que resguardaban la escena del crimen. Plácido se dio cuenta de que no tenía llave para entrar a la casa, así que tendría que acceder a través de la ventana. Estuvo a punto de azotar con sus noventa kilos de peso contra el pavimento, pero lo consiguió. La compañía de electricidad ya había cortado el servicio. Estaba a oscuras. Con la llama del encendedor miró los retratos en las paredes, las pinturas de paisajes, la alfombra de origen persa, las cajas de porcelana, los santos de cerámica o yeso, el pequeño altar en la cocina. Se dirigió hacia el

lugar donde se hallaba la caja, detrás de la imagen de la Virgen. Tomó una foto de su madre, que reposaba sobre una mesita, y la acarició con el pulgar de la mano derecha.

Algo pasó a sus espaldas. Una ráfaga de escalofrío lo sacudió. La llama se apagó. Volteó hacia atrás y alcanzó a distinguir que ese algo o ese alguien se sentó en uno de los sillones. Por un instante pensó que podría ser ella. Nunca había creído en fantasmas, pero ésta era una buena oportunidad para empezar, sobre todo porque cierto temblor se había adueñado de sus huesos.

—¿Ma-má? musitó con voz trémula.

Una leve carcajada le dio respuesta. El miedo lo hizo detenerse. Por su mente cruzó el pensamiento de que aquel ser era el verdugo de su madre. La máxima rezaba eso: el asesino siempre regresa a la escena del crimen. La penumbra le daba a aquella presencia un carácter espectral.

—¿Eres tú, Mencho? —inquirió esperando que el gato le ofreciera una respuesta. Pero el viento moviendo la cortina de la ventana pareció responderle.

Tomó una estatuilla de san Judas Tadeo y la apretó para usarla como arma. No iba a permitir que nadie le reventara el cráneo o le partiera los dientes a palazos. Se acercó al sillón, levantando la figurilla del santo. La sombra se escurrió.

—¡Espera, desgraciado! —gritó. Pisó el plato del gato y casi se va de bruces. Mantuvo el equilibrio. La figura se detuvo frente al enorme espejo de marco dorado que estaba montado encima de una mesita. Luego ocurrió lo inaudito: la extraña presencia se internó en la entraña del espejo.

Todo era una broma. Tenía que ser una maldita broma. Esas cosas pasaban en las malas películas de terror, no en la realidad.

Plácido respiró hondo y caminó hacia el espejo. Se detuvo frente a él. Estiró la mano buscando el reflejo de ese gesto. Tuvo que recurrir al encendedor para distinguir la mano izquierda moviéndose en el vidrio. Enseguida el resto de su cuerpo apareció reflejado. La última parte fue su rostro. Aproximó la llama a su propia cara y pudo verse mejor. Observó su expresión de desconcierto y temor, los ojos vacilantes, la mirada llena de recelo.

¿Todo había sido producto de su imaginación después de tantos días de zozobra? Se llevó la mano a la frente y la fue bajando con lentitud, como si quisiera reconocer sus rasgos. Cerró los ojos. La alucinación desaparecería al abrirlos de nuevo. Lo hizo. Miró el espejo y alcanzó a distinguir con claridad que su reflejo tenía una sonrisa maligna. Se asustó. Dio unos pasos hacia atrás. La imagen avanzó hacia él. Luego se inclinó hacia el costado izquierdo, después al lado derecho: en una mano llevaba un bat ensangrentado, y en la otra, una dentadura rota,

que se metió en la boca para ofrecerle su más cínica y torcida sonrisa.

ESCOMBROS DEL PARAÍSO

1

El gallo soltó un ronco quiquiriquí y el sol, perezoso, se levantó en el horizonte. Ella miró por la ventana y dio una última cepillada a su gris y largo cabello —notó que cada vez quedaban más canas adheridas a las cerdas—, entonces escuchó a la campana llamando a misa. Aspiró el humo del cigarro y enseguida lo aplastó contra el cenicero de latón para apagarlo, se apuró a ponerse los zapatos y buscó un chal oscuro para cubrirse del frío. No había faltado un solo día a la iglesia en punto de las siete de la mañana desde hacía por lo menos veinte años. Tenía ya 73, y al ver aproximarse el fin en el horizonte, no quería perder su puntualidad para no perder tampoco la recompensa prometida. La vejez, tarde o temprano, vendría a cobrarle el pago definitivo. Las campanadas cesaron cuando atravesaba el patio, adornado por una fuente de cantera y decenas de macetas con plantas o flores. Dos gatos salieron detrás de ella y maullaron.

—Roco, Pelusa, no estén dando lata, al rato van a comer —les dijo. El gallo cantó por enésima vez celebrando el alba.

A las 6.45 había muy poca gente deambulando por el barrio de Mexicaltzingo: abasteros cargando reses muertas sobre los hombros, señoras con mandil y bolsas de yute dirigiéndose al mercado, borrachos embriagados con la luna, algún mendigo durmiendo en el quicio de un taller y el rugido de los camiones que se tragaban a la gente con prisa. Veía con una mezcla de temor y repugnancia a los hombres sin playera que exhibían sus músculos al descargar los cadáveres del rastro, que gritaban:

—¡Muévete, papacito, que no tengo tu tiempo!

Destilaban vulgaridad por los poros.

En el atrio, hizo un gesto de rechazo al pasar junto al limosnero que agitaba una taza de latón exigiendo una moneda. Pensó que el mundo estaba lleno de gente impúdica o desvergonzada.

—¿A dónde iremos a parar? —exclamó a la vez que se persignaba al entrar a la iglesia. La misa estaba a punto de comenzar.

Le gustaba sentarse en las primeras bancas, frente al altar. Así no se distraía y se concentraba en escuchar el sermón. El sacerdote lo notaba. Eso podía ser bueno a la hora de la hora. Le habría encantado que él pasara lista para tener otra prueba de su constancia. Al terminar la ceremonia, le costó trabajo ponerse en pie, porque las rodillas le respondían cada vez menos. Se santiguó con agua bendita y abandonó el recinto. De repente sintió que su chal se le caía al suelo, volteó y se dio cuenta de que el limosnero lo sujetó para solicitarle

ayuda. Jaló el chal y sintió un profundo desprecio por aquella piltrafa de hombre.

—¡No me jale, señor! ¿Qué se ha creído?

Apresuró el paso, se quitó el chal y lo dobló, tratando de no tocar el extremo que había tocado aquel sujeto. Le dio coraje y asco. Quería llegar rápido a casa para desinfectar la prenda. Supuso que tal vez algún piojo o algún otro bicho se habría subido a ella. Ésa era una de las tantas razones por las que no le gustaba salir: no contaminarse. Por ello su casa era su mejor refugio contra ese mundo absurdo.

Sin embargo, no era fácil vivir ahí. Y con un hijo, menos. ¿Qué sería de él cuando ella se ausentara definitivamente? No quería ni pensarlo. Por eso, su deber era no morir bajo ninguna circunstancia. Era verdad, Jorge Arturo ya no era un niño —tenía 22 años—, pero ella se había esmerado en que su infancia se prolongara hasta el límite. “La infancia es el verdadero paraíso”, había leído muchos años atrás, y esa frase se le quedó adherida a la corteza cerebral como una sanguijuela. Para doña Sagrario, la infancia, más que una etapa, era un estado mental, así que su hijo podría exprimirla hasta la última gota, “tuviera los años que tuviera”, como le gustaba decir. Lo trató de educar con cuidado (su experiencia como profesora durante tres décadas la avalaba) para pulir un alma sensible, y estaba segura de que lo había logrado, a pesar de que la escuela moderna se afanaba en socavar su iniciativa.

—¡Desdichada la hora en que echaron a perder la escuela! —le comentó a Doña Herlinda, otra fiel devota de la misa de las siete, con quien a veces conversaba sobre el devenir del mundo y la fácil corrupción de las almas, en un sociedad que ofrecía tentaciones a granel.

—Es que cada vez hay más perdición. Para donde quiera que una voltee no ve más que obras y personas tocadas por la mano del Mal.

—Pero Dios no está ciego. Y tarde o temprano mandará un castigo severo para quienes desobedecen sus mandamientos.

—Y viera qué bien le vendría al mundo una limpia como ésa.

—Yo por eso casi no salgo a la calle. Si no es a misa y al mercado, por mí, me quedara encerrada años adentro de mi casa. Esta ciudad ya no es un buen lugar para vivir.

—Pues yo nomás me encomiendo a mi Señor y me pongo en sus manos. Ahí Él dirá lo que va a pasar.

—Confiemos en Él.

—Nos vemos. Hasta mañana, doña Sagrario.

—Hasta mañana, doña Herlinda.

Se dirigió a la tienda de abarrotes y pidió un paquete de cigarros y media docena de veladoras.

2

Jorge Arturo era su único hijo. Un milagro viviente, porque lo había concebido cuando ya pasaba los cincuenta años de edad y su vientre parecía haberse marchitado. En la cuadra era estigmatizada como la señora solterona “que se hizo vieja” sin tener un hijo, así que cuando el niño nació pocos imaginaban que fuera capaz de haberlo engendrado. Quizás porque tuvo el cuidado de no dejarse ver en público embarazada, para librarse de las murmuraciones incómodas a sus espaldas o del chismorreo de la gente. El día que vieron al bebé, envuelto en un cobertor y arropado por sus brazos (era domingo, lo había llevado a misa para irlo acostumbrando a ese ambiente, a los rezos, a los cantos), muchos se sorprendieron y sospecharon que el niño había sido adoptado. Pero nadie se atrevió a preguntarle. Conocían su hermetismo y el mal humor que la caracterizaba. Era menos riesgoso lidiar con una tarántula.

El niño creció. Era blanco y más alto de lo normal, mofletudo y de ojos que apenas se asomaban por aquellos párpados de rendijas, de dientes conejiles y mandíbulas de cavernícola. Doña Sagrario lo sacaba únicamente los domingos; lo llevaba de la mano, con un traje de marinerito que se ajustaba a su rollizo cuerpo con dificultad, y una boina que heroicamente se mantenía encima de su cabeza, pues le quedaba chica. Él balbuceaba algunas palabras, pero prefería expresarse con monosílabos. La gente lo veía casi siempre desde lejos, y aun así se notaba su problema para caminar, sus pies levemente chuecos. Era un pequeño gorila que se balanceaba en cada paso, lo que provocaba la risa entre algunos niños y la compasión entre los adultos.

Su madre lo llevaba a misa con aquel traje de marinero hasta bien entrados los seis años, sin importarle los murmullos de la gente. Aunque para entonces todos sabían el nombre de aquel niño, Jorge Arturo, los niños le endilgaron el mote de *Jorjón*, porque medía veinte centímetros más de lo que cabía esperar para su edad. Claro, nadie se atrevía a llamarlo así delante de su madre, pues temían morir aplastados de un manotazo (o de aburrimiento, abrumados por un sermón interminable).

Solamente estuvo en la escuela tres meses. El acoso de que fue objeto impulsó a su madre a sacarlo en un santiamén. Prefirió tenerlo recluido, según ella, para evitar “que se contaminase con las barbaridades y tentaciones malsanas de afuera”. Se quedarían confinados en aquella inmensa casa antigua que había recibido como herencia, con cuatro habitaciones, altas columnas de mármol, piso y

escaleras de cantera, un gran patio en cuyo centro se alzaba una fuente, ventanas con herrería colonial y estatuas de ángeles y querubines, e incluso una capilla que siempre mantenía iluminada con veladoras. La casona fue construida en la era del porfiriato y logró sobrevivir al paso de la Revolución. Allí mismo, Jorge Arturo, tuvo a su disposición los viejos juguetes que pertenecieron a otros niños de la familia: un caballito de madera con patas de resorte, trompos de guayacán, baleros de colores, yoyos pintados con pájaros, camiones de madera con llantas de latón, sombreros, pelotas de cuero, títeres de cartón y madera, disfraces de astronauta, de payaso o de vaquero. Juguetes que solamente compartía con su sombra, porque jamás pudo invitar a otro niño. Se entretenía viendo caricaturas de *Maguila Gorila, Los Supersónicos o Johnny Quest,* o programas de aventuras, como *Señorita Cometa, Cisco Kid o El teatro fantástico de Cachirulo* durante horas, y tal vez ahí se habría pasado el resto de su vida si ella no le apagara el televisor. Doña Sagrario exclamaba desde su recámara al escuchar sus carcajadas:

—¡Qué fácil es hacer feliz a un niño!

Pero su niño ya tenía veintidós años de edad. El rastrillo apenas si podía borrar el bigote que le brotaba encima de sus labios caídos. Usaba el pantalón arriba de la cintura y se fajaba la camisa, lo que le daba una facha de señor barrigón.

Su madre trató de enseñarle lo que había aprendido de su propia madre. Así, tras muchos intentos, logró que aprendiera a tender su cama tras levantarse, a bolear sus zapatos, a peinarse con rayita en medio, a cepillarse los dientes y sacarse la carnita terca que se atoraba entre las muelas, a cambiar las bombillas eléctricas, a quitarle el moho a la fuente, a aceitar los muebles de cedro, a limpiar el piano y los cuadros de la sala principal, a barrer cada mañana las abundantes hojas del árbol de caoba, a preparar café de talega, a guisar huevos, a cortar el pollo o la carne con un cuchillo, a partir leña con una hacha, a recoger el excremento de los gatos, a alimentarlos, a doblar la ropa, a juntar la basura en bolsas y amarrarlas… y, sobre todo, a rezar antes de irse a la cama. Diez años atrás intentó que un maestro de música le enseñara a tocar el piano, pero su capacidad solamente dio para medio interpretar “Noche de paz” y “Las mañanitas”. No tenía futuro con esos dedos gordos y torcidos. Jorge Arturo aprendió solamente a leer y a sumar cifras de hasta dos dígitos. Doña Sagrario sospechaba de un leve retraso mental. No le importó. Pensó que lo importante era dotarlo de una estructura moral y de los valores básicos para defenderse del exterior.

—Un alma fuerte es impenetrable. Y tú la tienes, Jorge Arturo. Lo más importante en esta vida está dentro de nosotros —le decía y con el índice apuntaba hacia el sitio donde se aloja el corazón.

—Sí, mamita —respondía.

A los catorce años, lo seguía llevando a misa, tomado de la mano, especialmente al cruzar las calles, temerosa de que algún conductor imprudente lo atropellara. El hijo se pasaba la misa viendo los santos montados en sus atriles o contando las múltiples piezas de los vitrales. No se aburría. Podía aventarse tres misas seguidas y no se aburría.

Porque estaba más allá del aburrimiento.

—Hasta podría ser monaguillo —decían varios feligreses.

En cierta ocasión, él apareció en el parque que está a unas dos cuadras de su casa y se paró en la orilla de la cancha de futbol. Llevaba puesta una bermuda de gabardina y una playera de *Odisea Burbujas.* Alguien detuvo el balón y exclamó:

—¡Miren quién está allí!

—¿Pistachón Zigzag?

—Ja, ja, ja.

—No, güey. ¡Jorjón!

—¿Quieres jugar fut? —le preguntó Rubén.

—No sabe ni pararse. Si lo metes se va a tropezar con los pies. Los tiene más chuecos que tus dientes, *Picochulo.*

—¡Cálmate, *Panzón,* porque luego andas llorando!

—Vamos a meterlo un rato. Que juegue de portero. Es lo más fácil.

—Además nos falta uno.

—Sale.

—Vente, *Jorjón.* Ya la hiciste. Ponte de portero. Tú nada más no dejes que te metan gol. Para la pelota como quieras. Con las manos, con los pies. Nomás de preferencia con la cara no, porque te va a doler.

Reanudaron el juego y Jorge Arturo pudo detener los disparos con una sorprendente habilidad. Sólo los desviaba; no se quedaba con el balón, pero no importaba. Ganaba el equipo del barrio, 2 a 0, y el debut de Jorge como futbolista era mejor de lo esperado. Sería el héroe de la tarde. De repente uno de los muchachos alcanzó a ver a doña Sagrario enfilándose hacia la cancha donde jugaban. El portero seguía el balón con la mirada, atento a su curso, cuando se oyó un grito:

—¡Jorge Arturo!

Su madre lo distrajo en el momento justo en que el *Panzón* remató. Nunca vio venir aquel balón que le daría de lleno en la cara, preso del miedo al escuchar su nombre. El golpe le abrió el labio inferior y un escupitajo de sangre brotó de su boca rota. El impacto le cimbró la cabeza. El *Panzón* creyó por un momento que se le caería y rodaría por el suelo, como si se tratara de un títere. En lugar de correr a auxiliarlo, todos corrieron despavoridos al ver a aquella mujer enardecida, que echaba humo hasta por las orejas, dispuesta a

hacerlos polvo. *Picochulo* se escondió detrás de un árbol y vio cómo lo reprendía:

—¿Qué haces afuera? ¿Estás tonto o qué? —le decía mientras lo jaloneaba de un lado a otro. Le dio unas servilletas de papel y le exigió que la siguiera. Nacho trató de intervenir:

—Señora, fue un accidente.

Ella lo fulminó con la mirada y le gritó:

—¡Ustedes tienen la culpa, bola de vagos! —luego zarandeó a su hijo, a pesar de su gran tamaño, y le advirtió:

—Y te juro que primero muerta antes de que te vuelvas a salir de casa. No tienes ningún negocio en la calle. ¿Cuántas veces te lo tengo que repetir?

Se alejaron, la señora tosiendo con fuerza y escupiendo en una pañoleta, agarrándose del antebrazo de su hijo, mientras un rastro de sangre quedó en el suelo como una huella de su paso por aquel territorio. El precio que pagó por aquella media hora de libertad fue demasiado caro.

3

Cuando su hijo dormía plácidamente y ella se quedaba en la mesa del comedor bebiendo café negro, fumando sin prisa, doña Sagrario se hundía en sus pensamientos y elucubraciones. Se inquietaba por el futuro si ella faltaba. Tenía la certeza de que su hijo no tendría la capacidad elemental para sobrevivir en un mundo sin ella.

Lo mejor era que, si ella moría, su hijo la acompañara.

—Nunca se lo dejaré a los lobos.

La pensión como maestra jubilada dejaría de llegar si ella fallecía, así que Jorge Arturo quedaría a la deriva. Por ello debía apresurarse a arreglar los documentos legales que acreditaban la propiedad de la casona, para no dejarlo en el limbo jurídico.

Cuando a principios de ese año anunciaron que una epidemia estaba afectando a China y que se expandía por el planeta entero, doña Sagrario añadió otra veladora encendida al altar, se persignó y elevó plegarias al cielo suplicando que esa enfermedad no llegara a México. Cada noche prendía el viejo televisor Zenith y se sentaba en el sillón más largo para ver las noticias. También Jorge Arturo se sentaba a su lado mientras, nervioso, se cortaba las uñas con los dientes. De esta manera se enteró de que la nueva peste estaba dejando una estela de muertos, y que llegaría tarde o temprano.

—¡Ay, no, Señor, lo que faltaba!

No se quedaría con los brazos cruzados, tomaría las providencias necesarias para impedir que los afectara. La sombra de la epidemia cayó finalmente por Mexicaltzingo y ella se alarmó, días después, al enterarse, en el mercado, de que dos personas del barrio habían sido víctimas de la enfermedad. Ésa fue la gota que derramó el vaso. Decidió encerrarse a piedra y lodo con Jorge Arturo y sus gatos para mantenerse con vida. Incluso renunció a salir cada mañana a misa de 7, o los domingos a la de 8. Su residencia se convirtió en un búnker infranqueable contra ese nuevo mal, que en sus propias palabras fue “maquinado por alguna mente diabólica”. No iba a esperar que la muerte tocara a su puerta. Así, aumentó el número de plegarias que musitaban sus labios yertos para que la mano putrefacta de la nueva peste no los tocara.

Durante las dos primeras semanas del obligado encierro la rutina fue la misma que se practicaba a lo largo del año: barrer la hojarasca, limpiar las cacas de los gatos, regar las flores, juntar la basura en bolsas, tocar el piano, recoger el huevo de la gallina, doblar la ropa. Sin embargo, la mañana del tercer lunes, Jorge Arturo encontró al gallo tieso, tirado en el suelo del gallinero. Algo lo había matado, y se

lo informó a su mamá. No le dijo que había visto una culebra roja en el jardín, para que no lo culpara. Ella estuvo tentada a cocinarlo, pero le dio temor. También pensó dárselo a los gatos, porque las croquetas no tardarían en acabarse. Le pidió a su hijo que metiera a Roco, a Betty y a Pelusa en la jardinera interior, que no les sirviera croquetas y los encerrara bien para que no pudieran salir. Ella puso manos a la obra. Descuartizó al gallo y le arrojó la carne en trozos a los otros doce gatos restantes, que vivían en casa, pero a los que ella no estimaba tanto. Echó un vistazo a la alacena y quedaba poca comida: algunas latas con atún, sardinas, chiles jalapeños, chile morrón, leche condensada, gelatinas, tres bolsas de arroz, dos de frijol, una de habas, mostaza, salsa de soya, mermelada de zarzamora y dos bolsas con galletas saladas. Tal vez esas provisiones podrían durarles dos o tres semanas más. Aunque lo dudó, porque Jorge Arturo tenía un apetito insaciable. Media hora más tarde escuchó maullidos lastimeros, pero pensó que alguna gata se hallaba en celo. A las once, dos horas después, mientras bebía una taza de café más negro que de costumbre y fumaba su dotación de cigarros del día, vio venir a Jorge Arturo corriendo mientras decía alarmado:

—Se murieron. Se murieron.

Se levantó para seguirlo y lo que sus ojos vieron fue un espectáculo atroz: ocho o nueve gatos yacían muertos sobre el suelo, algunos con el hocico babeante, otros con el vómito todavía fresco en sus barbillas, e incluso uno todavía se retorcía, preso de los estertores de la muerte. Se persignó al darse cuenta de que los había envenenado involuntariamente. Los enterraron en el mismo jardín y para ello, él tuvo que cavar un hoyo de 2 metros cuadrados por uno de profundidad. El presentimiento que la asaltó y le hizo encerrar a sus tres gatos preferidos escondía una certeza. Eso le salvó el pellejo a sus consentidos.

A las 8 de la mañana del día siguiente, Jorge Arturo fue al gallinero a recoger el huevo de rigor, pero no encontró nada en el nido. Le pareció extraño. Esperó un rato sentado en un bote pero la gallina no mostró gana alguna de ponerlo y lo miraba con una cara boba, esperando que le arrojara un puñado de granos. Se dio por vencido y fue a la cocina para decirle a su mamá lo que ocurría:

—No hay huevo. Gallina no quiso poner.

Ella lo miró con lástima, segura de que él dependería de aquel animal cuando ella faltara. Se detuvo a contemplar su rostro mofletudo donde se reunían la idiotez y la inocencia. Un doble estado en el que de seguro viviría hasta el último día de su vida.

No importaba, no saldría a comprar víveres. No quería correr el riesgo de infectarse ni de infectar a su hijo.

Por las noches, desde su recámara, Jorge Arturo alcanzaba a oír con

nitidez los tosidos de su madre, que se hallaba a diez metros de distancia. La tos arreció durante la última semana y pudo enterarse de que empeoraba. Algunas veces eran tan sonoros y entrecortados sus espasmos que abandonaba sus programas de televisión y corría a ver cómo se encontraba. Estaba escupiendo sangre con mayor abundancia.

—Pásame esa toalla —pedía ella. Y él se la daba, preocupado por su cada vez más debilitada salud. Le daba la impresión de que de un momento a otro se quebrarían sus huesos como palillos de dientes, porque estaba muy flaca y apenas podía ponerse en pie.

—¿Mami, está bien?

—Sí, sí, estoy bien. No fue nada. Dame ese jarabe.

Ella no estaba consciente por completo, pero su salud se deterioraba con rapidez. Aun así, no fue motivo suficiente para abandonar el cigarro. De ninguna manera. Tenía al menos veinte cajas, que alcanzarían para el próximo mes, así que el día que terminara aquella larga convalecencia iría por otros paquetes.

La semana siguiente quedaban en la alacena sólo las habas y un paquete de arroz. Y dos kilos de croquetas en la bolsa grande. Doña Sagrario se sentía muy mal, ya ni siquiera disfrutaba los cigarros que se llevaba a la boca. Tosía con fuerza, escupiendo sangre espesa. Un pensamiento triste la asaltó. Sospechando que podía morir, se encomendó a Dios con ahínco. Fue hacia su mecedora y ahí estuvo el resto del día acariciando a Roco y a Pelusa, mientras fumaba dos o tres cigarrillos, viendo cómo la luz solar iba escalando el muro principal, hasta fugarse por el techo y desaparecer.

Jorge Arturo se mordió las uñas con vehemencia, atacado por la ansiedad y el nerviosismo. Temía que le pasara algo malo a su mamá, y sabía que no contaba con nadie en la familia.

Esa noche ella se refugió temprano en su habitación. Se puso su bata y se recostó sobre la cama, encima de sus cojines. Sentía que le faltaba el aire si se acostaba. Rezó con su hijo, como todas las noches, y le dio la bendición. Le pidió que apagara el televisor y que ya no gastara luz. Cerró con doble llave la puerta, como todas las noches. Él obedeció. En medio del sueño, Jorge Arturo creyó escuchar los maullidos lastimeros de los tres gatos, pero no se levantó. A la mañana siguiente el sol le abrió los parpados. Se desperezó, tendió la cama, y fue a darles de comer a los gatos, pues ésa era la primera actividad del día. Luego barrió con flojera las hojas alrededor de la fuente y aventó unos granos de arroz a la gallina. Se le hizo extraño que su mamá no estuviera en la cocina. Fue hasta su recámara y tocó.

—¿Mami?

Sólo el eco le dio respuesta. Movió la manija, pero estaba asegurada, como ella acostumbraba. Decidió dejarla en paz y buscó algo de comer. Encontró solamente mermelada y una bolsa de habas.

El hambre le hizo comerse la mitad del contenido de aquel frasco de vidrio, y ni así se llenó. Luego continuó con sus quehaceres y, al terminar, se dirigió a su habitación a ver sus programas favoritos. Tocó la puerta por la noche, pensando que su mamá ya estaría mejor, pero no abrió. Era mejor dejarla descansar. Transcurrió otro día y la puerta siguió cerrada. Como pudo, hirvió las habas y les echó un puño de sal. Se le pegaron en el fondo de la olla, pero el hambre que lo atacaba era tan grande que no le hizo reparar en esa minucia. Al tercer día no había más qué comer. Entonces tomó la determinación de matar a la gallina. No fue fácil, pero lo hizo con la técnica que su propia madre le había enseñado: tomarla con un trapo del cuello y enseguida hacerlo girar como un rehilete hasta que sus huesos se quebraran. Le dio asco desplumarla y arrancarle las vísceras, que terminaron como alimento para los gatos. Con el hacha cortó la cabeza de la gallina, hirvió el cuerpo en agua con sal, pero ahora tuvo cuidado de no echarle demasiada. Llamó a su madre sin recibir respuesta. Al menos ya no la escuchaba toser. Al tercer día el hambre lo estaba matando y golpeó la puerta con fuerza llamándola:

—¡Mami, mami!

Una ráfaga de silencio le contestó.

Los gatos estaban tan hambrientos como él. Pensando que le había ocurrido algo malo o que había salido de casa y no regresaba, una idea vino a su mente. Juntó las pocas croquetas que quedaban y llamó a Betty. No les permitió el paso a los dos gatos restantes. Lo encerró en la jardinera y actuó. Esperó que su mamá comprendiera la situación cuando saliera de su recámara o volviera de la calle.

4

Dos semanas después la epidemia había sido controlada. Las actividades ordinarias se reanudaron. La gente se precipitó, desbocada, al exterior. Un agente del impuesto predial visitó la casona tres veces para notificar a su propietaria de un pago atrasado, y golpeó el aldabón con forma de gárgola. Nadie abrió. Fue doña Herlinda, al enterarse de los hechos, quien mostró preocupación por la falta de respuesta, y dos días después pidió a Protección Civil que ingresaran para ver en qué estado se encontraban sus moradores. Cuando por fin abrieron la vieja puerta de cedro y la de fierro, hicieron un hallazgo perturbador. En el patio encontraron los pellejos de tres gatos y las cabezas cuyos ojos devoraron las hormigas o los gusanos. Plumas esparcidas en el suelo. Y una capa gruesa de hojas secas alrededor del árbol de caoba.

Extremando precauciones, entraron a la sala y revisaron los otros espacios. En la estufa había un pequeño trozo de carne sobre una cazuela aún caliente. Al policía le pareció que era un dedo meñique carbonizado. Fue en la planta alta donde los embargó la sorpresa. Distinguieron una silueta que se arrastraba por el suelo, fueron tras ella y los hombres localizaron a un muchacho regordete escondido en el armario. Era Jorge Arturo, quien se encontraba en un estado desastroso: la camisa llena de manchas de aceite y de sangre, el pelo ensortijado y grasoso, las uñas largas y negras, el pantalón y los calcetines con pelos de gato adheridos a él. Emitía sonidos guturales y llevaba un trozo de carne oscura que masticó apuradamente.

—¿Y tu mamá? ¿Dónde está? —inquirió uno de ellos.

—¡Ay, no! ¿Qué es este desastre, mi Dios? —dijo Doña Herlinda, que acompañaba al grupo.

Apuntó hacia una de las habitaciones. Estaba cerrada, pero sólo empujaron la puerta y ésta cedió. La anciana puso el grito en el cielo y casi se desmaya al ver el cuerpo tieso y marchito de su amiga, sentado sobre almohadones, sobre su cama, con la cabeza inclinada hacia la izquierda y un cigarro sin encender entre los dedos que le quedaban en la mano derecha. La otra mano no la tenía. Y además le habían arrancado las mejillas y parte de los muslos. Jorge Arturo se abrió paso entre los cuerpos de los hombres de Protección Civil y de la Policía y sonrió exhibiendo sus dientes amarillentos como elotes a su madre, cuyos mechones grises bajaban por su rostro huesudo y, con la oquedad vacía de sus ojos, se esmeraba en protegerlo, desde la muerte.

LA MÁSCARA DE JADE

Mazatlán no es el mejor lugar del mundo para ir de vacaciones, pero es el que está más próximo y al alcance del bolsillo de papá, que siempre se queja de los precios. Durante las dos semanas previas estuvo insistiendo en viajar hacia la zona arqueológica de Teotihuacán y pasar las vacaciones "conociendo verdaderamente nuestras raíces ancestrales", pero nadie le hizo caso. Era el mismo alegato de siempre, lo conocíamos de memoria. Se demoraba largos e interminables minutos explicando las bondades de una expedición de esta naturaleza, hablando de las "milenarias culturas mesoamericanas y su legado fundamental para comprender quienes fuimos y quienes somos", mientras mamá, Acamapichtli, Iztaccíhuatl, Luis Enrique (*Quiqui*) y yo, sufríamos un ataque de bostezos y nos mirábamos con resignación. Era la misma historia de otros años. Ya estábamos cansados de gastar las vacaciones en recorrer los pueblos mágicos e históricos de la república: Chichén Itzá, Tajín, Mitla, Paquimé, Palenque, Bonampak…, para darle gusto. De pequeños no nos quejábamos mucho, con tal de salir de la ciudad, pero ahora que mis hermanos —o debería precisar: mis hermanas y mi hermanastro— estaban a punto de salir de la Primaria y la Secundaria, respectivamente, ya no eran tan dejados. Y si se ponía a votación, papá quedaba en franca desventaja. Bueno, la votación era silenciosa y se hacía con la mirada. Y esta vez todos bajamos la mirada cuando él anunció el viaje a una nueva zona arqueológica en la selva lacandona.

—Mi amor —dijo mamá con la voz más tierna que pudo—, creo que sería bueno ir esta vez a la playa.

Él miró nuestras miradas de hierro y tuvo que ceder.

—Está bien. Pero a ver si no cierran esa zona y nos perdemos la fabulosa oportunidad de conocerla con nuestros propios ojos.

Sonreímos triunfantes. En la casa había tantos folletos sobre estos sitios que, si los leíamos todos, hasta podíamos graduarnos de antropólogos en alguna universidad. Por todas partes había figurillas de barro, collares de piedras, pulseras de cobre, flechas, vasijas o réplicas de códices. El peligro de romper alguna pieza al moverla involuntariamente estaba latente en todo momento. De hecho, *Quiqui* quebró dos vasijas de cerámica y papá estuvo a punto de enloquecer. Si no es por mamá tal vez lo habría estrangulado. Creo que ganas no

le faltaron.

El bullicio llenó la casa. Acamapichtli e Iztaccíhuatl, a quienes yo rebauticé como *Acama* e *Izta,* tuvieron que ir al súper a comprar trajes de baño, porque los últimos que tuvieron eran del año del caldo. *Quiqui* quería una bermuda de surfistas que había visto en el Costco, pero papá no quiso comprársela, alegando que no iba a enriquecer al imperialismo yanqui, y que mejor se pusiera el short que usaba para la clase de Educación Física. La verdad es que solamente era un pretexto. Así ha sido la mayoría de las veces que *Quiqui* pide algo: papá se queja de la crisis mundial, del aumento de la tasa de desempleo, del calentamiento global o del agotamiento de la reserva de petróleo para no soltar un peso. Y solamente con él se pone en este plan, porque con mis hermanas no dice ni pío. Mamá lo llamó a su cuarto y habló a solas con él. Sospecho que le advirtió que no quería problemas. Y bueno, tendré que contar aquí que una vez —bueno, dos veces— lo detuvieron robando en el súper. Eso sirvió de pretexto para que papá dudara de su calidad moral y le anticipara un futuro promisorio en el mundo del crimen.

Llegamos al puerto al mediodía del jueves 7 de agosto. El viaje no fue fácil, tuvimos que lidiar con los gritos de Acamapichtli e Iztaccíhuatl, que se peleaban por el único teléfono con datos mientras papá exigía a *Quiqui:* —¿Puedes bajarle a ese ruido? No me deja manejar. —Aunque el sonido salía desde sus audífonos, su mal humor permanente hacía que no aguantara ni una rola de mi grupo favorito, The Queen Is Dead. Además, papá quiere que vayamos escuchando música folclórica y larguísimos solos de violoncello.

Entramos por el norte, donde se encuentran la mayoría de los hoteles de la llamada Zona Dorada. El corazón me dio un vuelco al ver el mar, y a mis hermanos, al ver aquellos edificios magníficos que casi se metían entre las nubes.

—¡Están de pelos! —exclamó *Quiqui.*

Apuntando a un altísimo hotel pintado de blanco, mamá señaló: —Ése tiene todo incluido.

Pero nuestro conductor no se detuvo. Fuimos dejando atrás todos esos hoteles con modernas instalaciones y entramos al malecón Camarón Sábalo, que nunca he sabido que significa. El mar que llegaba a la costa podía divisarse en todo su esplendor, el suave oleaje, la arena gris, algunos pelícanos volando a baja altura, el montículo de

piedra a menos de un kilómetro. Y los paseantes que caminaban, corrían o patinaban sobre la acera disfrutando del viento y el sol. De inmediato nos dieron ganas de bajarnos para hacer lo mismo, pero no sería posible sino hasta que nos instaláramos en el hotel.

—Está a toda madre para surfear —dijo *Quiqui*, que llevaba una playera de Bob Marley, pero papá le llamó la atención.

—Hey, no digas malas palabras delante de las niñas.

—Ésa no es mala palabra —respondió, porque casi nunca se queda callado. A mamá se le pusieron los pelos de punta, porque presentía pleito próximo.

—¡Ponte en paz, Quiqui, y no le contestes a tu papá.

—No es mi papá —musitó; sin embargo, papá escuchó clara su frase. Seguramente tuvo ganas de soltar el volante y zangolotear a *Quiqui* ahí mismo, pero tuvo que aguantarse.

—Ya, hijo, por favor. No te pongas así —, suplicó ella.

—¡Miren! —interrumpí para distraerlos—. ¡Un *parachute*! ¡Y el gringo que va en él está regordo!

Afortunadamente todos rieron y enterramos el conato de pleito.

Al fin llegamos al dichoso hotel donde nos íbamos a hospedar. No estaba pegado a la playa. Unas calles lo separaban de ella. Todos lo lamentamos, menos papá, a quien se le dibujó una sonrisa y fingió gran entusiasmo.

—La playa está como a un kilómetro —susurró triste Acama.

—No seas exagerada, mi amor —contestó mamá.

El hotel parecía a punto de derrumbarse sobre nuestras cabezas. Era de madera y no tenía un ladrillo encima. Parecía un hotel del Viejo Oeste, pero playero. Todos tenían cara de fuchi.

—Es atávico —dijo mamá, esperando convencernos con esa palabreja.

Miré el nombre, Recinto del Rey. Aguanté la carcajada.

—Va a ser difícil que pasemos unas buenas vacaciones aquí —agregó *Quiqui,* rascando con la uña la madera apolillada de una ventana.

—Ayuden a bajar las maletas —renegó papá—. Y tú, Luis Enrique, muévete, no te quedes parado.

—Me quiero poner el traje de baño. Ándale, mamá, me quiero poner el traje de baño —gritó *Izta.*

—La cosa es calmada. Ayúdame con esa bolsa y el salvavidas. Y también el sombrero. Y el bloqueador. Y el termo…

Una hora más tarde papá roncaba orondo sobre la cama. Mamá nos apuraba a todos para enseñarnos nuestro cuarto. Se hallaba a un lado del que les dieron a ellos. Y el tercero se lo dieron a las chicas. *Quiqui* salió a mirar el mar desde el balcón. Tuvimos suerte de que la habitación diera hacia la playa, porque las del lado contrario tenían

vista al estacionamiento de un supermercado.

Los siguientes días la pasamos bien. Hicimos lo que suele hacerse en unas vacaciones: divertirnos como si se fuera a acabar el mundo. Recorrimos varias veces el malecón de punta a punta, vimos patinadores, vendedores ambulantes, gringos panzones asoleándose, mexicanos panzones comiendo cuanta fritura les ponían enfrente, perros con traje de baño, un yate oxidado dando vueltas por el litoral, gaviotas detrás de un barco de pescadores, vendedores de salchipulpos, clavadistas, taxistas en esos vehículos que llaman *pulmonías*, muchachos de gimnasio luciendo las bolas de sus brazos y piernas, entre otros personajes.

Nos bañamos en la playa que se encontraba frente al hotel. No era Cancún ni la Riviera Francesa, pero al menos llegaban las olas y el sol nos aguardaba desde temprano. A menos de trescientos metros vimos un lobo marino muerto que el oleaje se encargaba de arrojar a la orilla y de recogerlo de nuevo para arrojarlo otra vez, como si estuviera jugando con él. No era el espectáculo turístico que esperábamos contemplar durante nuestras vacaciones, pero el mar no tiene corazón. Desde nuestro lugar observábamos los hoteles de la Zona Dorada y suspirábamos al mismo tiempo Acama, Iztla y yo. Allá había albercas de a de veras, no piletas para bañar gatos, como las del Recinto del Rey; sombrillas y camastros, pero que no se despanzurraban; atención VIP; restaurantes de lujo; arena más suave, y pocos, muy pocos vendedores ambulantes. Como que nos hacía falta el alboroto de aquella zona. Era la idea que teníamos de Mazatlán. Y todo porque el necio de papá no quiso gastar un poco más.

Cuando *Quiqui* no surfeaba en su tabla, se la pasaba escribiendo palabras sobre la arena con una ramita mojada. El cabello erizado como espinas no lo movía el viento, gracias al gel. Papá detestaba su facha de jipi. Su cuerpo estaba lleno de huesos que parecían brotar de la piel en cualquier momento y romperla. Era alto como un ejote y de hecho así le apodaban en la prepa. Le gustaba dar largas caminatas solo hasta perderse en el otro extremo de la costa. Y regresaba cuatro o cinco horas después, sin que mamá le reclamara, porque en el fondo se sentía más tranquila si estaba lejos de papá.

Papá se ponía una bermuda militar y una playera de CocaCola, calzaba unas sandalias de Parácuaro, sus lentes para leer, y el Códice Mendocino a la playa. Metía la cabeza en el librote y se olvidaba del mundo. La gente lo miraba con curiosidad y sonreían sin que se diera cuenta. Mis hermanas se entretenían haciendo castillos o enterrándose bajo la arena, mamá se sentaba en otro camastro luciendo su sombrero de paja y sus lentes de ojos de mosca, se acompañaba de una bebida azul y una revista de chismes. Yo nadaba un poco en el

mar y observaba alrededor. Podía pasar horas haciendo eso. Durante tanto tiempo extrañé el mar que ahora lo disfrutaba a mis anchas. En las tardes solíamos ir a restaurantes en la parte vieja de ciudad y comíamos mariscos. A mí los camarones crudos ahogados en limón me parecieron asquerosos, pero los meseros de distintos lugares apostaban su cabeza a que eran un manjar. Algunas veces fuimos a museos, construcciones antiguas (papá sentía especial fascinación por las ruinas), barrios viejos y barcos oxidados. Tomábamos algún helado, un frapuchino o una nieve mientras caminábamos por el malecón. Dos veces fuimos a las albercas y toboganes con mamá, porque él se quedó en el hotel a revisar su agenda de trabajo. Mejor. Porque cuando nos acompaña va con su cara de pocos amigos. En ambas ocasiones nos la pasamos súper. Hasta *Quiqui,* que jugó con *Acama* e *Izta* y nos contó chistes colorados.

La tarde del jueves, un día antes de regresar a casa, fuimos a dar un paseo por la Zona Dorada. Tomamos una *pulmonía* y nos dirigimos hacia allá. Apenas si cupimos. Empezamos en el principio del malecón, justo donde se encuentra una discoteca que parece palacio de princesas en decadencia. Luego hay una larga hilera de tiendas de ranas sonrientes, pastelerías, cafés, pizzerías, hoteles caros, artesanías, sombrererías, puestos de revistas y periódicos, bolerías, cines y estacionamientos. Papá estuvo criticando la comercialización del puerto y el consumismo asqueroso en que habíamos caído. Nadie le hizo caso. *Acama* e *Izta* miraban embobadas cuanta chuchería encontraban, lo mismo pulseras, collares, aretes, pines o anillos que anteojos, sandalias, bikinis, recuerdos, carteras, bolsos, pareos, cuadros, postales o plumas. Y se entretenían durante mucho tiempo mientras que *Quiqui* se medía alguna pulsera *rasta* o examinaba playeras coloridas con la leyenda Reggae. Mamá veía unas hamacas de colores chillantes y preguntaba precios. Yo bobeaba viendo todo y nada.

Después de caminar casi de un extremo a otro, nos topamos con una tienda de antigüedades que se hallaba dos calles atrás de la avenida Camarón Sábalo. Se llamaba Kukulkán. Y desde afuera quedaba claro el giro del negocio. A papá casi se le salen los ojos. El edificio olía a viejo, a cuero y a humedad. Las paredes tenían como tres siglos sin una manita de pintura. Había tantas piezas que uno apenas si podía moverse. Relojes de pared, retratos al óleo, lámparas de aceite, proyectores de cine súper 8, cajas de música alemanas, máquinas de escribir Remington, fórceps, kimonos, planchas de fierro, fonógrafos, quinqués de ferrocarrilero, básculas suizas, anteojos con cadena, relojes de pulsera, lupas de plata, teléfonos fijos, televisores de bulbos, candelabros europeos y un sinfín de objetos más que yo sólo había

visto en museos. Pero en una vitrina estaban las joyas de aquella colección: penachos aztecas, espadas coloniales, un collar de jade, un cuchillo de pedernal, una olla de piedra con ranas esculpidas, un fósil de trilobite y muchas piedras con petroglifos.

Mamá echó un vistazo y dijo:

—Voy a estar viendo unas cositas. *Quiqui*… —lo llamó y le hizo una señal.

Papá se entusiasmó con las antigüedades mesoamericanas. Era la sección más cuidada del lugar. La mayoría de las piezas estaban protegidas detrás de una vitrina. El dueño, un anciano con pocos dientes en la boca, una cachucha a la española y ojos de perro triste, vestía un traje que también podría vender como antigüedad y fue a atender a papá.

—¿Me puede enseñar ese cuchillo de obsidiana, por favor? —le pidió.

El viejo colocó una franela y enseguida lo puso en el mostrador. Luego lo acarició con dedos temblorosos.

—Es bellísimo.

—¿Pertenece al período clásico?

—Al posclásico. Se cree que se usaba entre los años 1420 y 1460. Este pedernal estuvo en las manos de un sacerdote que oficiaba en lo alto de la Pirámide del Sol.

—Entonces es un pedernal sagrado. ¿Me permite tocarlo?

El anciano aceptó, pero le pidió que no lo llevara afuera de la vitrina. Yo estaba viendo un quinqué de ferrocarrilero cuando volteé y observé que papá tomó el cuchillo y un estremecimiento lo sacudió; incluso noté algo extraño en su mirada, como si hubiera volado durante los segundos que tuvo el arma en sus manos. El anticuario se la quitó y volvió a ponerla sobre la franela. Papá recobró su mirada.

—¿Cuánto cuesta?

—Ningún dinero puede pagarlo —se apuró a contestar el viejo.

—¿Entonces para qué lo tiene aquí? —le pregunté.

—Porque no puedo deshacerme de él —respondió y lo guardó. En ese momento una señora lo llamó para preguntarle por un gramófono. Papá se quedó desconcertado y salió de la tienda. *Quiqui* observaba todo desde atrás de un caballero medieval. Yo también salí y un minuto o dos más tarde lo hizo mi hermano. O mejor dicho mi hermanastro. No lo he explicado con detalle, pero ahora lo haré.

Quiqui no es hijo de papá. Cuando conoció a mamá, ella ya lo tenía. Tal vez fuera un niño de dos años. Y aunque yo me llevo mejor con él que con mis hermanas, papá nunca lo ha tragado, nunca lo ha visto como su hijo. Y se ha encargado de restregárselo en cada oportunidad. Le exige más que a nosotros, lo regaña con frecuencia, le molesta si trae el cabello largo, le pide que baje el volumen de la música que

escuche y un largo etcétera. Y *Quiqui* siente el mismo rechazo hacia él, pero con la única diferencia que debe quedarse con la boca cerrada y aguantarse. Es lógico, sabe que todo lo que se come o lo que usa es pagado por su archienemigo silencioso. Así las cosas, mamá es la eterna mediadora para evitar que se desate la tercera Guerra Mundial.

Regresamos al hotel. *Acama* e *Izta* lucían fachosas sus collares de piedritas y sus pulseras jipis. Mamá compró cocadas y limones cubiertos. Papá habló del mercado negro que se ha creado con la riqueza de las culturas ancestrales y de la indiferencia proverbial del Estado ante este "saqueo transcultural". Pero su sermón parecía un monólogo en la alta montaña porque de nuevo nadie le hizo caso. Recorrimos una vez más gran parte del malecón. El mar parecía una bestia mansa. Las rocas de los arrecifes tenían un hermoso color marrón. *Quiqui* nos seguía a veinte metros de distancia.

—Tengo hambre —avisó una de mis hermanas.

—Yo también —agregó la otra.

—Vamos a las hamburguesas —dijo la primera.

—Mejor a las pizzas.

—Esa comida chatarra sólo ha enriquecido a los monopolios imperialistas.

—¡Ay, mi vida, no empieces! Vamos a las hamburguesas. Las papas son dobles en la compra de una Big Mother con tocino.

Mi sonrisa aprobó la decisión. Últimamente acabábamos aplastando a papá por abrumadora mayoría. Y él, que era tan defensor de la democracia, tenía que aceptarlo. Mientras todos masticábamos la riquísima hamburguesa, él no dejaba de atacar la "progresiva expansión del imperialismo a través de la poderosa industria alimenticia".

—¿Entienden? —preguntaba.

—Sí, vidita, entiendo, pero pásame la cátsup. Tú que la tienes más cerca.

La hamburguesa de *Quiqui* estaba intacta.

—Come —insistió mamá.

—No tengo hambre.

No lo habíamos notado, pero se encontraba más pálido que de costumbre.

—¿Me la puedo comer yo? —preguntó *Acama*.

¡A mí dame las papas! —exigió *Izta* su parte del botín.

—Déjalo. Nada más una cosa te digo: no voy a gastar un centavo cuando se le antoje algo —advirtió papá.

Terminamos y nos fuimos al hotel. Ya eran las cuatro.

Cada quien entró a su habitación. Me tiré sobre la cama y encendí la tele a ver si pasaban alguna buena película. *Quiqui* entró al baño y se encerró. Yo me quedé dormido con el control de la tele en la mano.

Cuando abrí los ojos eran casi las siete y media. Anochecía. A lo lejos el mar se tragaba al sol.

Lo llamé. No contestó. Fui hacia el baño y me di cuenta de que estaba ahí. Esperé quince, veinte minutos, pero no salió. Pensé que se estaba bañando. Sin embargo, presentí que algo extraño ocurría. Entonces toqué la puerta, y se abrió. *Quiqui* estaba frente al espejo, mirándose fijamente. No tenía la playera de Bob Marley. Vi su cuerpo huesudo. Y en sus manos, ¡el pedernal de obsidiana de la tienda de antigüedades!

—¿Qué tienes, carnal? —le dije al ver cómo sus manos temblorosas sostenían el arma—. A ver, trae eso. Es peligroso.

No lo soltó a la primera. Pero al ver su extraño comportamiento decidí quitárselo.

—Dámelo, carnal, dámelo. —Y se lo arrebaté. Al tomarlo sentí una descarga eléctrica y se me cayó al piso. Con rapidez tomé una toalla blanca y la usé para levantarlo. Lo puse encima del tocador. *Quiqui* pareció volver en sí.

—Se lo quería regalar —musitó.

Me dieron ganas de llorar. Lo abracé y le pedí que se acostara. Aceptó dócilmente. Lo cubrí con la sábana y se quedó dormido. Salí al balcón. La oscuridad cubría el cielo de Mazatlán. El mar parecía enfurecerse poco a poco, sus olas golpeaban con mayor fuerza los arrecifes y los muros del malecón. Sentí miedo. Luego me senté en la otra cama sin saber qué hacer. El cuchillo azteca no se podía quedar ahí. Teníamos que devolverlo a su dueño. Y pronto, porque a la mañana siguiente partiríamos de regreso a casa. En mi cabeza repiqueteaba una duda: ¿le digo a mamá o no? Tenía que ser cuidadoso, porque si papá se enteraba, acabaría apretándole el pescuezo a *Quiqui* como a un pollo. Media hora más tarde tocaron la puerta. Era *Izta,* que nos avisaba que bajáramos a cenar.

—¿Y mamá? —le pregunté.

—En el restaurante.

Le eché un vistazo a *Quiqui* y guardé el cuchillo en el último cajón, entre dos playeras negras. Por si las moscas. Bajé. Me esperaban todos, menos papá, que estaba arreglando la salida con el muchacho que atendía en la recepción. Dejé la llave del cuarto encima de mi servilleta. En voz baja le dije a mamá lo que había ocurrido. Se llevó la mano a la boca. Mis hermanas pidieron su platillo. Yo sólo pedí un yogurt con frutas. Cuando papá volvió a la mesa me levanté para ir al baño. Estaba nervioso. En lugar de regresar a la mesa salí al patio y me quedé pensando, sentado en un equipal. Sospeché que mamá no se iba a quedar callada. Al regresar al restaurante papá ya no estaba ahí. Ni la llave. Quise seguirlo, pero mamá me pidió que no lo hiciera. Imaginé lo peor: papá lo golpearía y le echaría en cara que era un

maldito ladrón. Casi lo oía: —Eres un bueno para nada. ¡Me avergüenzo de ti!

Y *Quiqui* aguantaría como tantas veces había aguantado. Haría algunas muecas, pero no diría ni una palabra.

Pasaron diez, quince minutos. El yogurt no me sabía a nada. Una y otra vez miraba hacia la escalera esperando verlos bajar. Sin embargo, la escalera estaba sola. *Acama* e *Izta* se entretenían jugando con sus teléfonos.

—No le hubieras dicho, mamá —musité.

—Tiene que enterarse. No puedes engañar a tus padres —aseguró.

—Él no es su padre —respondí, molesto.

—¿Quién te crees para hablarme así? – reclamó.

Me levanté y subí corriendo por la escalera. Llegué hasta nuestra habitación. La puerta estaba entreabierta. Desde el umbral alcancé a ver que las cortinas que daban al balcón estaban tiradas en el piso. La lámpara, quebrada junto al espejo principal. Los ceniceros hechos añicos contra la pared. Los cajones del tocador, abiertos. La ropa, revuelta. Salí al balcón pensando lo peor. No había nadie. Supuse que estarían los cuerpos abajo, destrozados contra el suelo. Un ruido me hizo voltear hacia el interior de la habitación. Vi venir hacia mí a *Quiqui* con el pecho y las manos enconchadas, cubiertas de sangre. Había salido del baño.

—¿Qué pasó, carnal? —le dije temblando—. ¿Te lastimaste?

No respondió. Tenía la mirada perdida. Corrí hacia el baño. Empujé la puerta y grité horrorizado al ver tirado en la tina a papá, completamente bañado de sangre. Un rictus de miedo quedó congelado en su cara. Y tenía en medio del pecho un hueco que dejaba ver su costilla y un pulmón morado. A un costado, el pedernal azteca, húmedo y rojo, goteando todavía sangre. *Quiqui* decía algo entre dientes mientras mostraba entre sus manos el corazón palpitante de papá, como un cardenal al que le habían arrancado todas las plumas.

SE SOLICITA

—Cada vez me alcanza menos con lo que me manda mi mamá —se quejó Ricardo y arrojó la tarjeta de débito sobre la cubierta.

Cristofer le dio una mordida a su torta de jamón con queso, levantó los hombros y exclamó: —Pero dices que te mandan doce mil pesos al mes.

—Y es una miseria. Se van como si nada.

—Pues ojalá mi mamá me mandara siquiera la mitad. Si así se la pasa renegando, imagínate si me tuviera que dar doce mil. ¡Se vuelve loca!

Ricardo hundió la cucharilla de plástico en su flan y agregó: —Estudiar así es imposible. ¿Cómo espera que termine una carrera si no invierte lo suficiente? Por más que me quemo las pestañas estudiando, parece que no sirve de nada. No valora el esfuerzo que hago.

—Pero… reprobaste cuatro materias de las cinco que inscribimos. ¿No estás exagerando un poco?

—Tú siempre fijándote en los detalles. Son pequeños tropiezos.

—Pues ojalá que estés al corriente en las colegiaturas, porque si no te van a sacar a patadas.

—Claro que no. Por cierto, ¿no tienes unos mil pesos que me prestes? Es para completar el mes de octubre.

—No, yo no tengo ni un peso. Además, me debes como ochocientos desde junio.

—¿Qué no te los pagué ya?

—No.

—Siquiera cien para ponerle saldo al celular, ándale.

—Está bien. Si quieres, no me pagues, pero ya no me pidas más.

—Sólo necesito mil.

—Mira, Richard. A todo mundo le debes dinero. Por eso todos te sacan la vuelta. Creo que ya hasta se resignaron. Aunque ayer se bajó un güey de un auto y anduvo preguntando por ti, en la entrada. Lo vi, pero me hice el occiso.

—¿Ayer? ¿Cómo era?

—Como cualquiera. Llevaba puesta una sudadera azul marino y tenía muy mala pinta.

Se produjo un denso silencio.

—Andas mal, ¿verdad?

Ricardo se levantó dejando el postre casi intacto y se alejó del

restaurante.

—¡Cuídate! —le dijo Cristofer.

Ricardo cruzó los amplios jardines y los edificios de dos pisos del campus. Salió hacia la avenida Central y enfiló a pie hacia el sur. Un viento frío recorría la ciudad. La preocupación ensombreció su rostro. Dejó pasar una oleada de autos a gran velocidad y avanzó. El sol empezaba a descender sobre las casas. Entró a un Oxxo y pidió una cajetilla de cigarros y una recarga de veinte pesos.

Salió. Ya no regresaría a la escuela. No tenía sentido. La verdad es que desde hacía más de un mes estaba fuera de ella. Pero en su casa, lejos de allí, nadie se daba por enterado. Y no lo sabrían, al menos por lo que a su parte correspondía. En cualquier momento la dueña del departamento lo echaría a la calle porque ya debía cuatro meses de renta y los pretextos que había esgrimido ya no tenían ningún peso.

Hablando con franqueza, estudiar era lo que menos le importaba. Si Cristofer le había hecho la advertencia de que alguien lo estaba buscando, supo que la cosa iba en serio. Ya lo habían olfateado y tarde o temprano darían con él. Ignoraba que aquel simple gusto por la yerba y otras sustancias lo llevaría a esta situación. Pero sus periódicos estados de depresión, su poca tolerancia a la frustración y su rencor contra el mundo lo empujaron a ella. A cambio, obtuvo una falsa paz que mitigó su ansiedad en un tronido de dedos.

Sin embargo, su creciente consumo y su disminuida capacidad de pago lo fueron endeudando al grado de que el proveedor ya estaba cansado de no recibir su dinero. Y haría lo que fuese necesario para recuperarlo.

Las piernas le temblaban. Sacó un cigarrillo y lo prendió. Fumó con lentitud. Cruzó el barrio antiguo de la ciudad y miró aquellas casas cuyos techos se sostenían en altas columnas, los jardines llenos de flores, las estancias cómodas. En algunas se hallaban algunas esculturas de ángeles, ninfas o pájaros. Una larga hilera de mansiones que se resistían a convertirse en ruinas+ acusaban las huellas del deterioro. En la esquina de Rubén Darío con Díaz Mirón leyó un anuncio: SE SOLICITA MUCHACHO. CUIDAR ANCIANA. BUEN PAGO. Cruzó la calle.

De repente, vino a su cabeza una idea que lo excitó: entrar a esa casa y robar algunas cosas. Ya tenía experiencia. Una anciana deseosa de recibir cuidados no sería un gran obstáculo. Sacó su celular y llamó al número que indicaba el anuncio. El timbre sonó cuatro veces. Cinco. Seis.

—Méndiga vieja —masculló—, no me daré por vencido a la primera.

Alguien respondió. La voz sonaba cascada, como si enhebrara cada palabra con dificultad.

—¿Bueno?

Tragó saliva y habló:

—Buenas tardes, señora. Disculpe, hablo por lo del anuncio.

La señora tosió. Ricardo la oyó escupir.

—¿Habla por lo del anuncio?

—Sí, señora.

—¿Que si habla por lo del anuncio?

—Sí, sí —contestó aumentando el volumen de su voz.

Sospechó que la anciana estaba un poco sorda. Los años no pasan en balde.

—¿Le interesa a usted este trabajo?

Silencio.

—Sí, me interesa. Me interesa… Disculpe, ¿cuánto paga?

—¿Qué?

—¿Cuánto paga, señora? Digo, si no es mucha molestia preguntarle.

—No le entiendo bien, disculpe, estoy un poco mal del oído.

—Le repito: ¿cuánto dinero ganaría?

—Bien.

—¿Bien?

—Sí. Si tiene algún interés puede venir mañana. Lo espero a las diez.

—Correcto.

—¿Con quién tengo el gusto?

—Ricardo.

Y sonó el clic del teléfono al colgar. En cuanto terminó la llamada leyó un mensaje automático que le avisaba que su saldo se había agotado. Estaba decidido. Necesitaba dormir porque el día siguiente sería de mucho trabajo.

Llegó a su departamento. Leyó un anónimo que lo amenazaba por su deuda. El miedo se le montó de golpe. Volteó hacia atrás. Nadie. Sacó la llave y no pudo meterla con facilidad al cerrojo, de tan nervioso que estaba. Entró al departamento y se quedó durante algunos segundos recargado en la puerta. Sabía que tarde o temprano vendrían por él. Necesitaba el dinero a como diera lugar. Esos tipos no se andaban por las ramas.

El departamento guardaba un estricto desorden. Ninguna cosa parecía estar en su lugar. Sobre la mesa del comedor se hallaban objetos y aparatos que él había sustraído de otros sitios: ceniceros, controles de televisores, celulares, lentes de sol, memorias usb, un ipad y una lap top con las letras del teclado borradas. Sabía que no era fácil vender esas cosas. Sus habituales clientes ya estaban un poco hartos de su necedad.

Era urgente tomar ese trabajo y ganar unos pesos mientras su mamá

le enviaba otra partida. Ya tenía cierto conocimiento. Los últimos años había visitado a su abuela enferma cada semana, obligado por su madre, y la había ayudado en las tareas más elementales: darle agua, comida, leerle algunas páginas de la biblia, ponerle las pantuflas, ajustarle la bufanda. Pensó que aquella anciana no le daría más lata. Además, podía sacar de ahí algunas cosas que *le sobraran.* O incluso dar un golpe mayor que le permitiera deshacerse de sus acreedores. Sonrió. Se tiró en la cama, llena de migajas (y una cucaracha salió espantada buscando la oscuridad). Se puso a planear la estrategia hasta que se quedó dormido. A la mañana siguiente lo esperaba un día duro.

Desde la puerta de metal miró la mansión. Tocó el timbre. Detrás de la ventana que se hallaba al fondo distinguió una sombra. La puerta se abrió. Le pareció extraño que nadie le preguntara su identidad a través de un interfón o algún aparato semejante. Atravesó el jardín con cierta timidez. Sobre la hierba del lado derecho había algunas figurillas de cerámica. Eran algunos enanos con mallas y gorros que colgaban de sus enormes cabezas. Le parecieron horrendos. Todos tenían una sonrisa congelada y estaban en posiciones diferentes. Llegó hasta la puerta principal y tocó. Ésta se abrió con el impulso de sus nudillos. Entró. Miró la amplia estancia, los muebles de madera, un sombrerero, las largas cortinas negras que cubrían los ventanales, juegos de dagas empotrados en la pared, cabezas de animales como trofeos de caza. Le pareció demasiado para una anciana. La luz sufría para colarse al interior. Una escalera conducía a la planta alta. Observó que algunas figurillas de metal adornaban la sala. Eran un par de faunos, ninfas, ángeles y gárgolas. A Ricardo solo le parecieron animales raros. Volteó hacia ambos buscando a la mujer. Escuchó un chirrido. Desde la oscuridad emergió una silla de ruedas. Sobre ella se hallaba sentada una anciana de tez blanca, con la cara congestionada de arrugas, vestida de blanco, el cabello sujeto con una liga y las manos largas y suaves.

—Muy buenos días —saludó él, tratando de agradarle.

—Buenos días —contestó la anciana y le observó de arriba abajo. Ricardo se incomodó, pero se mantuvo a pie firme.

—¡Pues aquí estoy! —dijo, acuñando su mejor sonrisa—. A sus órdenes. Ricardo Urquijo. —Y extendió la mano. Ella también alargó su mano temblorosa, víctima de párkinson.

—El trabajo es que me cuide. Nadie aguanta una semana. La gente de ahora ya no es como la de antes.

—¿No tiene familiares que le ayuden?

—No los necesito. No me gusta pedirle favores a nadie. ¡Dinero me sobra para pagar!

Se le agrandaron los ojos. Había escuchado claramente que la anciana tenía dinero. Y eso era justamente lo que a él le faltaba. De inmediato se apuró a decir: —Yo la atiendo. Con mucho gusto lo haré.

—¿Puede usted?

—Claro que sí.

La señora extendió la mano y le mostró un papel sucio y arrugado, pero que se podía leer: Tomar medicinas. Cepillar cabello. Reposar. Dar masaje en brazos y piernas. Tomar té. Comer. Leer.

—Disculpe, ¿con quién tengo el gusto?

—Blanca. Blanca Alba.

—¡Mucho gusto! —dijo, con falsa cortesía. Ella se limitó a ordenar: —Lléveme a la chimenea. Hace frío.

Tomó la silla por los manubrios y la empujó hacia adelante. La duela de madera rechinaba al sentir el peso de las llantas.

—Aquí. Aquí. Más atrás.

Levantó el rostro y observó frente a él un mayúsculo retrato al óleo de una mujer joven y hermosa con un vestido antiguo. No tenía ni idea de quién era aquella mujer. Y ni le importaba.

—Tráigame un vaso —apuntó a una vitrina que almacenaba vasos y platos. Él obedeció. Tomó un vaso de cristal y se lo llevó.

—Dame agua. Poca.

De un garrafón vació el agua hasta la mitad. Se lo dio. Ella tomó una cápsula y bebió. Al querer entregarle el vaso se le cayó al piso y se despedazó.

—¡Oh, qué tonta!

—No se preocupe. ¿Dónde está el recogedor?

—No tengo.

—Está bien. Los recojo.

Se inclinó y empezó a reunir los fragmentos con los dedos, haciendo pequeños montículos. La anciana lo miraba impasible. Se puso de rodillas y se agachó para sacar aquellos que cayeron bajo un mueble. De repente se quejó: —¡Ay, creo que me corté!

Un hilo de sangre escurrió desde su dedo índice. Algunos pedazos de vidrio quedaron manchados de rojo.

—Cuidado, muchacho. Tenga cuidado. Tome. —Le ofreció un pañuelo. Él se apretó la yema herida y el pañuelo se humedeció—. Siéntese. Descanse.

Le señaló el sofá.

Desde ese sitio observó a su alrededor. Había varios objetos interesantes. Quizás de gran valor. La anciana no contaba con teléfonos celulares, ni ipads ni laptops, pero tenía estatuillas de bronce, una vajilla de plata y usaba collares de piedras bellas y raras. Movió la cabeza en todas direcciones buscando objetos de mayor valor. Los trofeos de caza serían difíciles de cargar y más de vender.

Se apretó el dedo y notó que la sangre dejó de salir, aunque el dedo le seguía punzando. El extremo del pañuelo quedó humedecido por la sangre. La anciana no se movía ni lo llamaba. Se recargó en el respaldo y se quedó dormido.

Un grito ahogado lo sacudió, era la mujer. Dejó el pañuelo sobre el asiento y corrió hacia ella. Quería que la llevara a la cocina. Ella le pidió que abriera la alacena y le alcanzara una papilla de color mostaza. La comió y le quedaron restos en las comisuras. Ricardo miró la hora en su celular y se dio cuenta de que habían transcurrido casi dos horas. Ella le pidió entonces que agarrara una pomada negra y le diera masaje en las piernas y los brazos. Aquello le resultó bastante asqueroso a Ricardo, pero lo hizo sonriendo, para ganar la confianza de la mujer. Tenía las piernas flacas y huesudas, débiles y torcidas, incapaces de sostenerla. Después le pidió la llevara al cuarto donde se hallaban los libros y otros papeles. Le pidió que bajara un enorme libro situado en la segunda fila, del lado derecho.

—Cómo pesa esto —se quejó él.

—¿Qué dice?

—Nada, nada, señora. —Le entregó el libro. Ella sacó unos espejuelos con cadena, los desdobló y se puso a leer.

—Tráigame el té.

Obedeció. Enseguida llegó con el té servido.

—Gracias. Puede retirarse. Le llamo si necesito algo.

Se sentó en el sofá. Bostezó. Ya habían transcurrido casi seis horas. Se estaba aburriendo. Sacó el teléfono y le mandó un mensaje a Cristofer: Se iso la machaka. Pronto t pago. Lavemos.

El aparato emitió un sonido indicando el saldo insuficiente. Ella lo escuchó, giró la cabeza y le advirtió: —Si quiere este trabajo, no traiga ese juguete.

Lo guardó y respondió:

—Sí, está bien. Disculpe.

—Llévame para allá. —Le señaló un pasillo. Ricardo empujó la silla. Justo bajo la escalera le pidió que se detuviera. Apretó la manija con sus dedos flaquísimos y la bajó. La puerta se abrió.

—Empújeme.

Siguió la indicación. El cuarto bajo la escalera funcionaba como una pequeña oficina. La mujer se inclinó y con ambas manos bajó un ánfora de cerámica china. Le quitó la tapa y extrajo un manojo de billetes de 500 pesos. A Ricardo casi se le salieron los ojos. Su respiración se agitó.

—Tome. —Le extendió un billete.

—Gra-gra-gracias, señora.

—Se puede ir.

—¿Se le ofrece otra cosa? —inquirió con excesiva amabilidad.

—Nada. Le espero mañana.

Guardó el billete. Puso su mejor cara y se despidió.

—¿A las diez?

—Sí.

Cruzó el jardín. Las figurillas de los enanos lo miraban con ojos muertos y sonrisa tiesa. Salió. Mientras se dirigía a su departamento armó su plan. La anciana se encontraba sola, completamente sola. Sería fácil robarla. Podía ir hasta esa improvisada oficina y sustraer algunos billetes.

—A la vieja le sobran —dijo en voz alta, para sí. Dio un salto. Con las manos tamborileó sobre el cofre de un auto.

Ahora tenía un dato confirmado: la mujer estaba postrada en su silla de ruedas. Era su penitencia, su cadena perpetua. Esto facilitaba las cosas. Entró a un Oxxo y compró otra cajetilla de cigarros, una bolsa de papas fritas, una pizza y una revista para adultos. Antes de llegar al edificio comprobó que no hubiera nadie esperándolo. Corrió hacia la entrada. Cuando metió la llave en la cerradura alguien lo jaló de la playera y al girar la cara el miedo lo paralizó. Lo empujaron contra la pared. Le dieron cinco o seis bofetadas. Dos patadas en las costillas. Metieron las manos en sus bolsillos y le quitaron todo lo que llevaba. El tipo más gordo le agarró la cara, la estrechó y lo amenazó: —Si no me entregas el dinero para mañana en la tarde, ¡date por muerto!

Le asestó otra patada, cerca de los riñones, para firmar su mensaje. Ricardo se retorció de dolor en el piso.

Antes de las diez de la mañana del día siguiente ya estaba en la casa de la anciana. Tenía el cuerpo adolorido pero el temor a morir era mucho mayor. El plan lo había trazado con perfecta sincronía. Ahora daría el golpe. Timbró. Esperó algunos segundos, luego la puerta se abrió. Cruzó el jardín. Los enanos sonrientes lo miraban. Empujó la puerta principal. Adentro lo aguardaba la penumbra. Casi todas las largas cortinas estaban corridas, impidiendo el paso de luz solar al interior. Ella lo esperaba en su silla de ruedas. Todavía llevaba en su mano un cepillo para el cabello.

—Me gusta la gente puntual —sentenció ella.

—Me gusta ser puntual —respondió él.

—Se ve que es usted responsable.

—Gracias —dijo ruborizado por el piropo.

—Prepare el té.

Obedeció y repitió la rutina del día anterior. No quería levantar la menor sospecha. Aquello era peor que cuidar a su abuela, especialmente el masaje. Esas piernas huesudas y llenas de várices realmente le repugnaban. Pensó que nunca había llegado a un grado tal de humillación.

—Frote con más cuidado —precisó la anciana.

Al levantar la cara notó que llevaba el pañuelo del día anterior. Sin embargo, ya no estaba manchado de rojo. Le resultó un poco raro. De seguro lo había lavado. En fin, eso no tenía la menor importancia. Después le bajó el libro que prefería. Y le ordenó que limpiara los tomos. No le gustó la idea.

—En la cocina hay un trapo.

Fue hacia allá. Silenciosamente aquello le molestaba bastante.

—Maldita vieja —se quejó en voz baja.

Limpió casi veinte ejemplares cuando notó que la anciana se quedó dormida. Los ronquidos sonaban como gruñidos de perro. La miró. Parecía que la dentadura se le caería en cualquier momento. La observó durante algunos minutos esperando se moviera, pero al parecer dormía profundamente. Pensó que era el momento apropiado para emprender su operación. Fue hacia el cuarto bajo la escalera y buscó el ánfora. Advirtió que había tres o cuatro similares. Se quitó la chamarra y la colocó sobre la superficie del escritorio para neutralizar el ruido que harían al vaciarlas. Cayeron clavos, navajas, agujas, decenas de fotografías pequeñas, dados, hierbas secas, piedras de colores, huesos pequeños, piercings, pulseras tejidas, plumas e insectos. En la cuarta ánfora encontró los billetes. Tomó un puño y lo metió a su bolsillo derecho. Cuarenta o cincuenta billetes tal vez. Suficiente para pagar la deuda. Sonrió. Echó las cosas en su lugar y salió del cuartucho. Cerró la puerta con cuidado y se dirigió hacia la sala. Grande fue su sorpresa al no encontrar a la anciana. La llamó: —Señora. ¡Señora!

Sin embargo, no obtuvo respuesta. Era el momento para huir. Aplastó el botón que abría la puerta que daba a la calle. Desde la ventana comprobó que se abría. Llevaba el botín en su poder. Todo había sido demasiado fácil. Giró la manija pero el cerrojo no cedió. Apretó con fuerza y repitió el movimiento. Nada. Volteó. Necesitaba la llave. Ignoraba dónde estaba la dueña. Gritó: —¡Señora! ¡Señoooooooora! Necesito salir. Tengo una urgencia.

Silencio.

Caminó hacia los cuartos laterales. Nada. Nadie. Fue a la cocina, a la biblioteca, al cuartucho donde guardaba las ánforas y descubrió la silla de ruedas. Sola, sin ella. Sintió un leve escalofrío. Y de nuevo el silencio. Ese silencio en el que se escondía una fuerza desconocida. Luego oyó pasos detrás de aquella puerta que se hallaba a un lado de la oficina.

—¿Señora? Señora, ¿está usted ahí?

Giró la manija y empujó la puerta. Miró una escalera que descendía a un sótano. La penumbra gobernaba el sitio. Una sombra se proyectó contra la pared del fondo. Con claridad observó que pertenecía a la

anciana. Esbozó una sonrisa nerviosa mientras un pensamiento le vino a la cabeza: “¡La vieja camina!”. Y bajó. Trató de ser amable: —Disculpe, señora. Me tengo que ir. Tengo una urgencia.

Paso a paso, descendió. Distinguió muebles en desuso: una estufa, un aparato de radio, un refrigerador horizontal, un moledor de carne, dos hachas, varios cuchillos, cadenas sujetas a la pared, pantalones y playeras manchadas de sangre seca, tiradas en el suelo. El miedo lo hizo temblar. Miró hacia todos lados. Escuchó carcajadas agudas. Parecían de niños. Después vio un ratón que se asomaba a través de la cavidad ocular de un cráneo. No era el único. Corrió hacia la puerta, que se cerraba en ese momento. No alcanzó a llegar. Manos pequeñas y robustas lo arrastraron hacia el fondo del sótano. Su grito se desvaneció en la oscuridad.

A la mañana siguiente Cristofer pasó por aquella casa y leyó un anuncio: SE SOLICITA MUCHACHO. CUIDAR ANCIANA. BUEN PAGO. Pensó en llamar. El dinero nunca sobra.

EL CIRCO DE LAS MARAVILLAS VIVIENTES

Para Armando Ruelas, que puso el punto final de este relato.

1

Una araña gigantesca se asomó en la lejanía, en medio de dos colinas calvas, y se fue agrandando poco a poco. El niño, desde la orilla de la carretera, embargado por el miedo, corrió despavorido a su casa. Su madre se secó las manos en el mandil, atisbó hacia el sur y distinguió una araña enorme con cabeza de mujer que parecía desplazarse por la línea de la carretera para devorarla. Entendió el miedo de su hijo y esbozó una sonrisa.

La niña araña pasó frente a ella, pero sólo rotulada en la caja del camión. Encima se podía leer: Circo de las Maravillas Vivientes. Otros camiones y remolques lo seguían en un singular desfile del horror, y cada uno portaba imágenes semejantes: el niño gusano, la niña murciélago, el niño topo, la niña tortuga o el niño ardilla. Una galería de monstruos que atraían la atención de los curiosos, los escépticos y los ávidos consumidores de morbo.

—¡El circo, el circo, llegó el circo! —Se oyó un grito de alborozo.

Los ocho camiones que formaban la caravana entraron al pueblo haciendo sonar sus cláxones y desataron el júbilo y el asombro entre los pobladores, a quienes la rutina laboral y el trabajo doméstico los metía en un sopor tan aplastante que solamente el espectáculo ofrecido por el circo era capaz de sacudir. Al frente del grupo venía el director y dueño de la empresa de entretenimiento, don Segismundo, ataviado con un traje elegante y un sombrero de copa rojo que brillaba como una cresta de gallo. Miró un letrero chueco donde languidecía el nombre del pueblo: SALSIPUEDES.

De las casas empezaron a salir madres con bebés en brazos, niños de todas las edades que se emocionaban al ver a los forasteros, ancianos que se apostaban en los porches o bajo los toldos, hombres que miraban con resquemor las imágenes que publicitaban los camiones.

—Llegaron los fenómenos —exclamó un tipo alto y fornido que llevaba un pico al hombro.

—¡Pobrecitos! —agregó una señora mientras le espantaba las moscas a su hijo.

—Yo los conozco a todos —se ufanó un adolescente en presumir.

—No lo creo. ¡Mira! —Y apuntó a los últimos camiones. Un hipopótamo con cabeza de niño ocupaba todo el costado del penúltimo vehículo, y atrás de éste venía un enorme cromo del niño escarabajo.

—¡Es cierto, no manches, ésos son nuevos!

Algunos payasos, montados en la parte superior de los camiones,

saludaban a la gente haciendo gestos y desplantes, mientras el que iba al frente, de calva blanca y bombín, los conminaba a asistir al circo que esa misma tarde daría su primera función: —¡El circo, el circo ya está aquí! Señoras y señores, el mejor espectáculo del mundo ha llegado a su ciudad. ¡Que tiemble el aburrimiento: nosotros nos encargaremos de hacerlo pedazos! Niños y niñas, jóvenes y ancianos, calvos y greñudas, flacas y panzones, a todos los esperamos esta misma tarde en la primera función del Circo de las Maravillas Vivientes en el hermoso pueblo de Salsipuedes.

La caravana atravesó la calle principal dejando una nube de polvo, en la que algunos pequeños se metían para intentar seguirlo.

Dos niños, haciendo alarde de su arrojo, golpeaban con las palmas las cajas y las láminas de los camiones. Luego se reían y chocaban sus manos en señal de complicidad.

—No da miedo.

—¡Está bien salado!

—¡Ay, sí, me voy a orinar de miedo!

—¡Mejor orínate en esa araña! —acotó el otro, apuntando al último remolque.

Solamente ese camión no se encontraba cubierto de lonas, era una jaula descubierta que exhibía el espectáculo inaudito de la niña que se había convertido en tarántula. El animal se movía con sigilo, como si aguardara el momento apropiado para lanzarse sobre sus presas. Los niños que se habían acercado más a la jaula, al ver que el enorme insecto humano estiró una de sus patas peludas tratando de alcanzarlos, se echaron hacia atrás y cayeron sentados sobre el suelo polvoso.

Los espectadores voltearon hacia ellos, y al darse cuenta de que a los bravucones casi se les salían los ojos del miedo, soltaron unas ruidosas carcajadas.

Las personas se recogieron en sus casas o en sus lugares de trabajo. Desde su silla mecedora, la abuela de Enrique, afectada por una ceguera casi total, exclamó: —Llegó el mercado del dolor y la desdicha.

—¿Qué dijo, abue? —preguntó el niño, con un balón de futbol bajo el brazo.

—Nada, no me hagas caso.

— Yo quiero ir. Ahora traen un niño cucaracha. ¡Se ve bien perrón! —agregó él mientras dominaba el balón a duras penas.

—Oye, ¡no me vayas a aplastar las flores, vete a jugar al parque!

Enrique se sacudió los mocos y con dos dedos se deshizo de ellos. No sabía cómo la anciana se daba cuenta de que se encontraba cerca de sus flores, porque aunque estaba ciega, siempre era precisa para dar indicaciones o llamarle la atención. Del interior de la casa salió

una señora que al verlo jugando gritó: —¡Chamaco, cabezón! ¿No te mandé traer unos tomates a la tienda? —Y enseguida tomó una piedra pequeña y se la lanzó a la cabeza.

En la casa de enfrente, una niña que lavaba los trastes trataba de asomarse por la ventana de la cocina para ver la caravana. Estaba consciente de que no podía abandonar el trabajo, así que se resignó a contemplarla mientras enjabonaba uno a uno cada plato, cada vaso, cada utensilio y cada sartén sucio.

—Papá, ¿me dejas ir al circo?

Hundido en el sillón mullido, con una sucia camiseta y el pantalón desabotonado para hacerle espacio a su barriga, respondió: —No hay dinero, Ana.

—Nunca hay dinero.

—Todo está muy caro y el circo es un lujo. Además, ¿para qué quieres ver a esas bestias?

—Todos los niños de la escuela van a ir.

—Y a mí qué me importa. Deberían ponerse a hacer algo de provecho. ¡Ir a perder el tiempo viendo a esas criaturas!

El último remolque de la caravana pasó y Ana colocó el último plato sobre el escurridor. Luego se bajó del banco que usaba para alcanzar el fregadero y se fue a su cuarto, rengueando de la pierna izquierda.

2

Don Segismundo se onduló el bigote y una sensación de orgullo lo embargó. Levantó los hombros y metió la barriga frente al espejo, como si estuviera frente a una mujer a la que tratara de cortejar. Era cierto, una buena mujer le hacía falta. Pero desde hacía algunos años estaba convencido de que una familia trashumante no es una familia que echa raíces. Por ello lo mejor era hacerse a la idea de que esa compañía errante era su verdadera y única familia. Una familia de monstruos, mitad humanos, mitad bestias con los que convivía desde hace más de cinco años, cuando se vio obligado a vender los animales (leones, cebras, chimpancés, elefantes y ponis) y darle un giro radical a su oferta de entretenimiento.

Tocaron la puerta de su camerino cuando le embarraba gel a su altivo bigote. Se colocó una cachucha plana para ocultar su calvicie y se dirigió a la puerta.

—Ya voy, ya voy. No sean desesperados.

Afuera lo esperaba un enano que llevaba dos espaguetis colgando entre el cabello, quien, ansioso y con premura, le dijo: —¡Señor, señor, está peleando otra vez Samantha!

—¿Y ahora de qué se queja?

—Creo que está enojada porque no quiere compartir remolque con la oruga.

Se puso las manos en jarras, movió la cabeza y enfadado, respondió:

—Voy para allá. Y que no la saque del remolque por ninguna razón, es nuestra carta fuerte esta tarde. Nadie la debe ver hasta entonces.

—Señor, no quiero importunarlo pero creo que da mucha lata. Debería deshacerse de ella y buscar otra.

Segismundo lo miró y alisándose el bigotazo musitó:

—Sí, Rasputín, lo haré. Pero sólo el día que encuentre otra como ella, con ocho patas. No están a la vuelta de la esquina.

—Pues está inaguantable. Me aventó el plato de comida en la cabeza.

—Espagueti sobra, arañas humanas, no.

A paso rápido, moviendo su cuerpo como un pato, llegó hasta el carromato de Samantha y tocó su portezuela. Tras el tercer golpeteo abrió. Miró su cabeza invertida: colgaba del techo y tenía un gesto de enfado en la cara.

—¡Samantha, hija, por favor, no te comportes así! Ya no eres una niña.

—Usted ya sabe que no quiero a nadie conmigo.

—Será por un tiempo. Sólo mientras compro otro remolque. Lo haré

ahora que pasemos por Los Mochis.

—No quiero ningún bicho aquí. Creo que me he ganado mi lugar desde hace años.

—Hey, hey, bájale dos rayitas. ¿Acaso no te das cuenta de que tú misma eres un gran bicho? ¿Y que eso es lo que te permite que tragues lo que se te antoje? ¿Crees que comerías igual en la pocilga de pueblo donde vivías?

—Y usted sin mí no tendría tanto dinero engordando su bolsillo.

—Eres engreída. Si eres admirada y temida es gracias a este circo. Yo te he convertido en una estrella del espectáculo. No olvides que soy quien diseñó este concepto: que los mirones o los morbosos puedan observar su monstruosidad, que la disfruten, que murmuren, que den gracias a Dios de que ellos no fueron tocados por la desgracias, pero que paguen por ello. Que el acto de verlos sea un privilegio, que no cualquier mortal contemple el horror que los embarga sin desembolsar unos pesos.

La niña araña pensó en enterrarle los colmillos e inyectarle su veneno pero se detuvo. Algo de verdad subyacía en sus palabras.

—Sólo le pido un poco de respeto. No puedo vivir con nadie porque soy hasta capaz de devorarles. O usted sabe si se quiere arriesgar: mañana tendrá aquí una mermelada de oruga.

El hombre puso las manos en jarras y exclamó:

—Rasputín. Mete a la otra niña en el dormitorio de la niña tortuga, ¡y sanseacabó!

Varios hombres levantaban la carpa haciendo un gran esfuerzo para tenerla instalada para la primera función vespertina. Eligieron un terreno baldío donde se estacionaron los camiones y remolques que formaban la compañía ambulante. Enseguida se armó una valla para impedirles el acceso a los tramposos que esperaban ingresar sin desembolsar un peso por el boleto de entrada. Tres horas más tarde, el circo ya se hallaba montado en medio de aquel terreno polvoriento. La bandera ondeaba feliz, allá arriba, bajo el embate del viento, coronando la cresta.

3

Don Segismundo esperaba una buena respuesta de parte de los pobladores. Desde que habían prohibido las fieras bajo estrictos criterios ecológicos y de compasión animal, el público se ausentó poco a poco tras cada función. La empresa iba directamente a la ruina. Hasta que una noche, durmiendo, sintió que algo caminaba sobre su enorme nariz. Un estremecimiento lo sacudió y de un manotazo se quitó al intruso: era una araña pequeña. Estuvo a punto de aplastarla, pero le perdonó la vida porque le sugirió la idea que sería su salvación: presentar una gran araña en su circo y, después, otros fenómenos humanos que sustituyeran a los animales. Empezó a recorrer el país buscando a sus singulares artistas. Les ofreció fama y dinero a sus familias a cambio de incorporarse a la compañía ambulante, con la promesa del regreso cada seis meses. Algunas familias muy pobres encontraron en esta oferta un paliativo para combatir el hambre y su pobreza; otras, un buen pretexto para deshacerse de la criatura que usualmente permanecía oculta en un rincón para evitar el escarnio y la vergüenza pública.

—Tengo una buena colección de monstruos que serían la envidia del señor Barney, el padre del Circo, si viviera —se jactaba frente a Rasputín o los payasos cuando bebía con ellos.

—Usted es muy inteligente, don Segis. Esos monstruos van a causar sensación entre la gente.

—Sí, mi querido Rasputín. El morbo siempre ha sido un buen negocio. Necesito que me ayudes a decorar el escenario de cada uno para provocar miedo o asco entre los espectadores.

—Así será, mi señor.

—Y hay que preparar un buen hoyo para que el niño topo salga de la tierra de repente y el público asustado aplauda a rabiar.

—Sí. Una buena idea, mi señor.

Don Segismundo era un tipo con sangre fría en las venas, capaz de exhibir a sus propios hijos si la naturaleza se los hubiera entregado con alguna deformidad.

A las seis de la tarde, la mitad de las gradas se encontraban ocupadas, y unas cien personas aguardaban todavía su turno para ingresar a la carpa. El dueño del circo se acarició los entiesados bigotes. En el vestíbulo, la máquina de palomitas de maíz trabajaba a todo vapor, la señora que vendía sodas despachaba vaso tras vaso, un payaso ofrecía fotos autografiadas de los monstruos a treinta pesos. A las 6:30 se vendieron los últimos boletos y se cerró la puerta de acceso. Afuera, cerca de los arbustos del parque, Ana miraba con

envidia cómo la función empezaría y ella no contaba con dinero para cubrir el importe de la entrada. Igual que Pedro, su amigo.

—Uta, yo tenía ganas de ver a los monstruos!

—Yo, más.

—Tengo una idea. ¿Por qué no nos colamos?

—¿Se te botó un tornillo?

—Le sacas, ¿verdad?

—Hay que esperar a que ese gorila de la entrada se voltee para el otro lado, entonces corremos.

La miró. Pensó en la pierna afectada por la polio.

—Bueno, si no puedes, yo entretengo al tipo y tú te escurres por allá.

—No necesito que me ayudes. Puedo sola —respondió molesta. No le gustaba dar lástima.

—Pedro le hizo una pregunta al sujeto y, al girar la cabeza, Ana había desaparecido. Ahora le tocaba a él deslizarse al interior de aquella carpa, sin que nadie se percatara de ello.

4

Las luces se apagaron y estalló un grito al unísono, antes de que sonara un redoble de tambores. Cuando ambos cesaron, surgió una voz grave que en tono amable dio la bienvenida. Un reflector iluminó la regordeta figura de don Segismundo, quien vestía un elegante saco azul con lentejuelas y un pantalón negro ajustado encima de su ombligo, coronado por un cinturón plateado con una S gravitando en el centro, así como su sombrero de copa rojo y unos guantes blancos. Llevaba un micrófono en la mano derecha, con la otra saludó a la concurrencia y continuó: —Damas y caballeros, niños y niñas, bienvenidos al Circo de las Maravillas Vivientes, que ofrece a su selecto público un espectáculo único en el mundo. Un espectáculo que pocos hombres y mujeres sobre la tierra han visto. Tenemos la más amplia y variada galería del horror. Criaturas salidas de la peor imaginación del hombre y que ustedes tendrán el privilegio de conocer ahora.

Escaparon risotadas. Entró un payaso por el pasillo e interrumpió al conductor.

—Disculpe, disculpe. —Y se agachó, poniendo hacia él su enorme trasero.

—¿Qué está haciendo usted?

—Ando buscando una pulga.

—Éste no es lugar para buscar una pulga.

—Es que huyó de casa. Escapó hace rato del trasero de mi perro.

—¿Vive en el trasero de su perro?

—Sí, por eso es fácil seguirle el rastro. Por el olor.

—¿Y qué le hace pensar que anda por estos rumbos?

—Nada. Bueno, es que usted huele a…

—¿¿¿Yoooooo??? Iré al camerino a cambiarme de ropa.

Don Segismundo sale de escena.

—¡Oh, no, ahora la pulga se escapa para allá!

El payaso continúa con su pesquisa. El público ríe a carcajadas mientras se aprieta el abdomen. Termina el acto y cae la oscuridad sobre el escenario. Suena una pieza musical dramática. Enseguida una voz grave: —Señoras y señores, niños y niñas. Tengan mucho cuidado, no se muevan de sus asientos. Se ha escapado de su jaula una enorme tarántula venenosa. Si se quedan quietos no les pasará nada. No griten, no hablen, no se muevan.

La tensión se extiende como una ola por todo el circo. Niños y adultos miran intrigados en la penumbra.

Un haz de luz azul ilumina un rincón del escenario al tiempo que la

voz exclama: —¡La hemos encontrado! Con ustedes, señoras y señores, querido público: Arabel, la niña que se convirtió en araña por desobedecer a sus padres.

Un *¡Aaaahhhh!* llenó el recinto.

Todas las miradas se posaron sobre aquella aterradora criatura, cuyo cuerpo era el de una araña y su cabeza de niña casi adolescente. Segundos después se escuchó la voz de don Segismundo llamando a la calma. La niña araña se hallaba prisionera en una jaula, llevaba una correa sujetada al cuello y cuatro jóvenes empujaban el pequeño carromato.

—Ven, ven acá, Arabel. Quiero que todas estas personas y sobre todo, estos niños, no te teman. Aunque sabemos que inyectas un poderoso veneno con tus colmillos.

La araña se movió con sus ocho patas y pegó el rostro a los barrotes.

—Lo que ustedes ven es un prodigio que pocos ojos humanos han contemplado. Encontraron a Arabel en un establo abandonado. Ahí la dejó su madre para castigarla y olvidó regresar por ella. Se alimentaba de ratones y de insectos. Pero nosotros la rescatamos de ese fétido sitio y le hemos brindado un hogar. Por eso les pido un aplauso para ella.

El público aplaudió, expectante.

—Ahora trataremos de conversar. Que les dirija a ustedes unas palabras.

Se aproximó hacia ella.

—Arabel. Salsipuedes te da la bienvenida.

—Hola. Me da mucho gusto ver a tantos niños. ¿No tendrán a alguno que les sobre por ahí?

El público exclamó un *¡oh!,* asustado, y abrazó a sus niños.

—Cálmate, Arabel. Tú siempre tienes hambre. No se asusten, niños. Pero recuerden que ustedes están adentro del gran Circo de las Maravillas Vivientes.

—Vamos a sacar a Arabel de su jaula. Pero no teman. Hércules la sujetará con esta correa. Ni siquiera un perro Rottweiler puede zafarse de ella. Así que tranquilos.

Entró un hombre gordo de dos metros de altura, ataviado con un traje de cavernícola y sujetó la correa. Un payaso le trajo una caja.

—En esta cajita está el desayuno de Arabel. ¡Ratones tiernos y jugosos! ¿Algún niño quiere pasar a alimentar con un ratoncillo a la Araña humana?

Nadie se atrevió.

—Un niño, acompañado por su padre, se animó a hacerlo. Sonrieron nerviosos en medio del escenario. Con temor cogió al ratón de la cola y se lo dejó caer a la criatura de ocho patas en la boca.

—Un aplauso para este valiente.

Estallaron los aplausos y ambos fueron despedidos. La araña gigante trepó por un muro de malla que empujaron al escenario y realizó algunos movimientos que reflejaron su destreza. Luego descendió y fue despedida con otra salva de aplausos.

Cayó la oscuridad como un manotazo.

La voz grave se expandió por el aire anunciando el siguiente número:

—¡Y ahora, encontrada en la más remota entraña de la selva del Amazonas, la niña serpiente!

Minutos más tarde, otro:

—Abran bien sus ojos y observen a la desgracia en todo su esplendor: el niño gusano. Su madre al verlo murió aterrada.

—No se acerquen, son peligrosos.

—Necesito otro valiente que se anime a pasar al escenario. Va a tocar a un monstruo: al niño gusano. No le va a pasar nada. Si acaso, pueda perder un dedo. A un antiguo empleado que lo alimentaba le comió dos.

Ana aguardaba el momento propicio para internarse, escondida a un costado de grandes barriles de agua.

—Son unos escupitajos de la naturaleza —alcanzó a escuchar la voz magnificada a través del micrófono. El espectáculo continuó. Desde el exterior escuchó al conductor conminando al público: —Acérquense a contemplar con sus propios ojos a esta horrible bestia.

5

Ana y Pedro se detuvieron de nuevo al observar que dos jóvenes empujaban una de las jaulas hacia la parte trasera del circo. La abandonaron en el extremo del terreno junto a otras jaulas, apenas iluminadas por un foco que arrojaba una luz amarillenta y cochambrosa, luego regresaron al interior de la carpa.

—¡Apúrate, ya se metieron!

—Espera.

Caminó hacia la segunda jaula donde alcanzó a distinguir un bulto oscuro en un rincón.

—Hey, ahorita hay chance de colarse. El gorila no está vigilando. Vamos, que se acaba la función.

Ana pasó frente a un carromato que llevaba pintada la figura de un monstruoso escarabajo con cabeza de niño. Sintió escalofríos. Enseguida, escuchó un quejido brotando desde la entraña de la oscuridad. Moviendo con dificultad su pierna izquierda avanzó hacia allá.

—Bueno, güey. Si no quieres entrar es tu problema. Ahí nos vemos —protestó y desapareció en la carpa. El altavoz sonó: —Señoras y señores, ahora veremos a otro de nuestros horrorosos monstruos. Prepárense, abran bien los ojos porque les voy a presentar a… —Se oyó un redoble de tambor—. ¡El niño ardilla! Una criatura espeluznante que tiene filosos dientes, capaces de desgarrar un coco. A él lo sacamos del fondo de un tronco hueco, después de una vida entre los árboles, alimentándose de nueces y almendras. ¡Un aplauso para recibirlo, por favor!

Entró al escenario otra jaula en cuyo interior se encontraba cautiva aquella criatura que se movía de un lado a otro. Don Segismundo se acercó y le hizo una advertencia: —Te vas a portar bien, Melvin. Vas a demostrarle a este bonito público que ha venido esta noche a nuestro circo que puedes caminar por esa cuerda a diez metros de altura. Si lo haces bien te arrojaré muchas nueces. —En ese instante le aventó una nuez que el niño ardilla capturó con la boca.

Afuera, Ana caminó hasta la jaula y vio a aquella sombra agazapada en un rincón. Ésta no respondió. La niña insistió y se acercó a ella por un costado y en ese momento su garganta emitió un gruñido.

—Hey, no te voy a hacer nada, tranquilo.

El gruñido persistió.

Ana, venciendo su temor, dio algunos pasos más y miró una criatura con dos colmillos que salían de su boca y se elevaban curveados. Tenía la nariz aplastada y dos orificios que le permitían respirar.

—Hey, no tengas miedo.

—Todos me dicen lo mismo —sentenció atemorizado.

Ana supo en ese momento que podía hablar. Desde la distancia parecía un jabalí, pero ahora que estaba a unos metros de él, se dio cuenta de que no era un animal.

—¿Cómo te llamas?

Sólo el silencio le dio una respuesta.

—Yo me llamo Ana.

—Soy Alí, el monstruo jabalí.

Ana sonrió.

—¡¿Te estás burlando?!

—No, no me burlo. Tú no eres ningún jabalí, eres un niño. Supongo que tienes algún nombre. No te llamas Alí.

—Soy un jabalí y deberías alejarte. Mis colmillos no están de adorno.

—No, tú no me harás daño.

Gruñó.

—Porque no eres una bestia.

El niño jabalí se acercó a ella. Miró su mano extendida y titubeó, pero después la apretó con sus dedos un poco peludos.

—Ana.

—David.

—¡Debes salir de aquí! —aseguró quitando el candado de la portezuela.

—¿Estás loca? Nadie sale de este lugar. Pertenecemos al circo.

De la siguiente jaula se escuchó una voz aguda:

—Aquí vivimos.

Era una niña muy obesa, que al desplazarse hacia ella pisó un recipiente con comida y lo volteó. Luego pegó sus mejillas a los barrotes y exclamó: —¡Somos las maravillas vivientes!

—Pues los tratan como animales y no lo son. ¡Son niños!

Desde la carpa, uno de los vigilantes la miró y, tras unos minutos, apareció don Segismundo.

—¿Qué estás haciendo aquí, mocosa?

El niño jabalí corrió hacia su rincón al ver al tipo. La niña hipopótamo hizo lo mismo.

—¿Pensabas dejarlos escapar? ¿Quién te crees?

Hércules trató de sujetarla. Ella no se dejó y al moverse, el hombre notó que rengueaba de una pierna.

—Mira nomás. No puedes caminar siquiera y los estás invitando a volar. ¡Lárgate de aquí y deja en paz a mis monstruos!

—¡No son monstruos, son niños! —exclamó enfurecida.

—Míralos, son un escupitajo de la naturaleza. Fenómenos de circo que sólo serán reconocidos en un espectáculo como el nuestro. Aquí

son Las Maravillas Vivientes, en sus casas son nadie, una vergüenza escondida en el rincón más oscuro. Agradecidos deben estar de que los saqué de esa vida miserable y los convertí en artistas.

—Viejo maldito. ¡El monstruo es usted y no ellos!

La miró de arriba abajo y, con una sonrisa mordaz, sentenció:

—Si te arrancáramos esa pierna seca te verías mejor. Quizás hasta podría darte trabajo en la compañía. La lástima es un buen negocio, si la sabes administrar.

—¡Viejo estúpido!

Se escucharon aplausos exigiendo que el espectáculo continuara.

—¡Señor, la gente está desesperada! ¡Quieren ver al niño escarabajo! —exclamó Rasputín, el enano.

Segismundo miró hacia la entrada posterior del circo y le hizo una señal para indicarle que en segundos regresaba a conducir el evento.

—Los que disfrutan ver la desdicha son ellos, los que están sentados pidiendo ver al siguiente monstruo —remató.

Una sombra de tristeza y decepción cubrió el rostro de Ana.

—¡Ahora lárgate, si puedes, porque te veo futuro en una jaula!

Hércules quiso tomarla del brazo, pero ella se sacudió.

Ana miró entonces cómo se acercaban las figuras de Segismundo, Hércules y del enano Pudo distinguir con nitidez las sombras que arrojaban sus cuerpos y se proyectaban contra la lona blanca de la carpa: jorobas peludas de hiena, cuerpos alargados como de serpientes y lomos erizados de lobos. Distraída, observando aquellas siluetas temibles, de repente sintió que la sujetaban de las muñecas mientras una voz grave le susurraba al oído: —Hay una jaula vacía. Sin esas piernas te verás encantadora.

VACACIONES

—¿No puedes quitarte esos audífonos algún día? —exclamó su mamá con gesto enfurecido y las manos en jarras.

Hugo obedeció y la miró con disimulado fastidio.

—Cada vez que te llamo debo gritar. ¡Me voy a acabar la garganta, muchacho!

—¿Me hablabas?

—No, le hablaba a la pared. Seguro me hace más caso. Escucha lo que te voy decir: vas a pasar lo que resta del mes en la casa de tu abuela Lupita.

Hugo sintió que lo condenaban a cadena perpetua.

—¡Pero, mamá, es el peor sitio del mundo! No hay internet. Ni videojuegos. Ni televisión por cable, siquiera. Mejor méteme en una perrera.

—No sería mala idea. Bueno, sólo te estoy avisando. Mañana temprano te vas para allá, derechito y sin escalas. Yo debo salir a la frontera y no puedes acompañarme.

A él no le simpatizaba la abuela. No tenía casi dientes, su piel parecía de elefante, temblaba como una gelatina y si la tocaban con fuerza seguro se desplomaría como estuviera hecha de ceniza.

Quizás fuera más agradable convivir con la momia de Tutankamón .

No quiso ni decirle adiós a su mamá, que lo despidió en el andén.

Tampoco entendía por qué la mayoría de la gente iba entusiasmada viajando en aquel cachivache ruidoso.

Pasaron las horas.

¿Qué tenía de gracia un tren que se internaba en las entrañas del campo, que atravesaba paisajes aburridos y montañas que hacían más lenta la travesía?

Él estaba acostumbrado a la buena vida: las hamburguesas con tocino y queso, los autos rápidos, las papas grasosas con cátsup, las salas de cine para devorar palomitas a puños, los videojuegos, las conversaciones interminables con sus amigos y los paseos por las grandes plazas comerciales.

En cambio, el campo era el peor sitio del mundo.

Alguna vez, de pequeño lo llevaron y no aguantó ni dos días.

Demasiado verde, demasiado cielo, demasiada calma.

Su mamá se lo advirtió y ahora pasaría dos semanas sin aparatos digitales que funcionaran, sin señal de internet y sin pizzas de

pepperoni.

¿Cómo podría sobrevivir un niño en esas infames condiciones?

Temía morir de una sobredosis de aburrimiento.

Lo recibió al anochecer la abuela con una sonrisa y una pepitoria de cacahuate que ella misma había elaborado.

—¡Hola, Hugo, cómo has crecido!

—No me iba a quedar enano toda la vida —respondió de mal humor.

La abuela movió la cabeza y supo que no sería fácil cuidarlo durante quince días. No le entregó el dulce.

Pero trató de entender la situación. Finalmente era un desconocido. Y ella lo era también para él.

Llegaron a la vieja casona de la época porfiriana, que a Hugo le pareció una madriguera de bichos y culebras.

—¿Cuántos siglos tiene esta casa?

Ella lo miró y prefirió no responder.

Se instaló en una habitación de techo tan alto que Hugo sospechó que algún murciélago se hospedaba por ahí.

Los muebles eran de una madera resistente. Al parecer, a prueba de polillas.

El espejo apenas podía devolverle una imagen completa cuando se asomó.

Cenó una comida de extraña composición: frijoles con arroz y panela. Sólo a una abuela loca se le ocurría pensar que aquello era un buen alimento.

Sin embargo, al probarlo se dio cuenta de que no lo vomitaría. Incluso llegó a disfrutarlo.

Sentada en una silla alta a la que llamaba *poltrona*, la anciana le contó algunas historias que habían ocurrido en aquella casa.

Hugo al principio no quería escucharla porque sentía nostalgia por su teléfono celular, pero el relato sonaba verdaderamente interesante.

A las nueve de la noche lo mandó a dormir.

¿Se le había aflojado un tornillo? Jamás en su vida se había metido a la cama tan temprano.

De mala gana fue. No se iba a quedar solo en medio de la nada, rodeado de aquella vegetación frondosa y de aquella oscuridad amenazante.

La habitación que le asignó no contaba con aire acondicionado y sospechó que acabaría derretido como un helado de chocolate. Abrió la ventana.

La noche se precipitó hacia el interior.

Era un exceso de naturaleza para él.

En un rincón miró una araña peluda y no pudo cerrar los párpados durante un buen rato.

Ya en cama, los extraños ruidos que provenían del exterior no lo dejaban dormir.

Su cabeza no encontraba acomodo sobre la almohada al escuchar aquellos sonidos guturales.

Cobró valor y se asomó por la ventana.

Lo que miró casi hizo que se le salieran los ojos.

Era una criatura horrorosa que brotaba del lodo y emitía un sonido hueco, como un croar.

Después escuchó a lo lejos la voz de una niña que cantaba.

¿A quién se le ocurría cantar a esas horas?

Cerró la ventana y de un salto se zambulló entre las sábanas.

—Era un sapo —le dijo su abuela con una calma desquiciante—. Un sapo que te vino a saludar. Y esa arañita no ataca a las personas, solamente a los insectos. Te los estaba quitando de encima.

—El sapo es un monstruo. Estaba feísimo.

—Él no sabe si está feo. Sólo hace lo que sabe, croar y comer insectos. Seguro se comió muchos moscos que te hubieran picado.

—Este lugar está lleno de alimañas.

—La ciudad tiene más.

—Y ese gallo empieza a hacer ruido en la noche.

—Ese *kikirikí* viene desde antes de que el tiempo se contara.

Desayunó unos huevos navegando en un caldo de tomate, cebolla y chile verde. Y frijoles refritos, que nunca en su vida había probado, pero tenían un sabor único. Y bebió un vaso de leche con una nube de espuma coronándola.

Un gato gris maulló y se enredó en las piernas flacas de la abuela.

Luego se acercó a él; quiso ahuyentarlo con una patada, pero falló.

Hugo tenía todo el tiempo del mundo disponible. Maldijo el que no hubiera internet ni siquiera un miserable televisor. ¿Cómo podía la abuela vivir en plena prehistoria?

Salió a caminar por la antigua mansión, que en otro tiempo había sido una hacienda.

No quería pasarse el día encerrado entre cuatro paredes altas y grises pensando y pensando.

Tenía ganas de escuchar rock o música electrónica.

Tamborileó con los dedos sobre sus rodillas.

A la hora se empezó a aburrir.

Quizás por ahí habría alguna lagartija para matar a pedradas.

O el gato, al que podría hacerle un nudo en la cola.

Al caminar por el patio trasero, que era enorme y estaba poblado de árboles de frutas y dos ceibas, descubrió a una niña sentada en la escalera de cemento, frente al jardín en ruinas.

Jugueteaba con una flor entre sus dedos y llevaba un vestido.

Pensó: "¿Qué niña en este tiempo usa vestido?"

Solamente en las fotos antiguas es posible ver niñas con esa ridícula ropa.

Como la foto que tiene su mamá de niña en la mesita de la sala, cuando cumplió diez años.

—¿Qué haces?

—Nada.

—¿No sabes si por aquí hay señal de internet?

—¿*Inter* qué?

Esa niña estaba peor que la abuela.

—Si no hay internet, televisión ni señal para celulares, ¿cómo se divierten en este pueblo?

La niña no entendió el reclamo y continuó haciendo girar la flor entre sus dedos.

—Mira, un gusano —dijo Hugo y quiso aplastarlo de un pisotón.

—¡Noooo! —déjalo.

—Pero sólo es un insecto.

—¡Deberías saber que el destino de un insecto no es quedar fosilizado en la suela de un zapato!

—Te iba a hacer un favor. El campo es el paraíso de los bichos.

—No son bichos. Cada uno tiene su nombre.

—Para mí todos merecen ser pisados.

—Porque no los conoces… Mejor juguemos a la roña.

—¿La qué?

—La roña. ¡Roña! Tú la traes. Ahora tienes que tocarme para que yo tenga la roña.

Sin mucho entusiasmo la persiguió entre los árboles y matorrales hasta que la alcanzó y la tocó.

—¡Roña!

Estuvieron corriendo un rato hasta que Hugo, sudoroso, se dio por vencido y propuso: —Podemos ir a buscar cochinillas debajo de las piedras.

—¿Y qué tal si sale una serpiente o iguanas entre los árboles?

—¿Iguanas? ¿No son unas que parecen dinosaurios enanos?

—Son verdes como el jade.

—Vamos, pues. Al cabo que aquí no hay nada qué hacer.

Buscaron entre la corteza de los árboles y fue en una ceiba donde localizaron una gran iguana verde y amarilla.

—Mira, el sol es un huevo que la iguana puso sobre la copa de este árbol —expuso ella.

Hugo miró hacia arriba y se dio cuenta de que la niña miraba el mundo con ojos distintos a los suyos. Enseguida se sentó sobre una piedra y se hundió en el silencio. Pasaron uno o dos minutos.

—¿Escuchas?

—¿Qué?

—Al árbol que canta.

Jamás se le hubiera ocurrido que un árbol cantara.

—Tienes mucha imaginación.

—Espera —musitó y se acercó hacia un insecto verde como una joya. Lo tomó y enseguida sacó un hilo y se lo ató a la pata trasera. Luego lo soltó y el insecto empezó a volar mientras ella lo conducía a su antojo.

—¡Es como un juguete!

—Mejor —aseguró ella.

Se sentaron alrededor de la fuente seca, cubierta de hojarasca.

—Todo es muy viejo aquí. Como que esas paredes tienen mil años.

—Nada más cien. Las construyeron con ladrillos que ellos mismos fabricaron.

—Ay, sí, como los hubieras visto —exclamó, irónico.

—Casi.

Rieron.

—Aquí vivió una familia muy rica, que era la dueña de todas las tierras que tus ojos pueden alcanzar a mirar. Pero tenían un hijo que siempre se la pasaba encerrado en una habitación.

—¿De veras?

—Claro.

—Esto se está poniendo bueno. Cuéntame.

La tarde desapareció y el sol se hundió perezosamente en el horizonte. Se despidieron.

—¡Hey! ¿Dónde vives?

La niña no lo escuchó. Desapareció entre los matorrales. Justo por la salida a los viejos potreros.

El grito de la abuela lo hizo volver a la realidad.

—¡Hugo!

Comió tortillas de maíz hechas a mano, carne machaca y frijoles caldosos.

La abuela le puso una taza de atole, que él consideraba una bebida para enfermos de hospital. Le dio un sorbo temeroso y descubrió que tenía buen sabor.

—¿Qué es esto?

—Atole de pinole.

Se lo bebió y enseguida se marchó a su habitación.

Abrió la ventana y un torrente de estrellas se precipitaron hacia sus ojos.

Durmió a pierna suelta, arrullado por la melancolía de los grillos.

Al día siguiente se levantó temprano para recorrer las granjas vecinas.

La luz solar había desatado una gran algarabía entre los pericos que

saltaban entre las ramas.

El cielo era de un azul intenso y las nubes blancas y cachetonas.

Miró a una vaca espantándose las moscas con la cola.

Un hombre la ordeñaba y vaciaba la leche en un recipiente de madera.

—¿De ahí sacan la leche?

—Claro.

Le dio asco.

—¿Quieres un trago?

—No, gracias.

—¡Ándale, muchacho, bebe, te va a dejar un bigote blanco! —le dijo y acercó una taza de latón con leche.

Hugo la bebió y supo que realmente estaba sabrosa.

Una gallina iba al frente de una procesión de pollos amarillos.

Hugo escuchó el zumbido de las abejas alrededor de un panal.

Medio kilómetro más adelante, observó el descenso de un riachuelo entre las piedras, que desembocaba en un río.

Se quedó quieto. El sonido del agua era agradable. Metió sus manos en la corriente.

Se quitó los tenis y decidió meter también los pies.

Una felicidad desconocida lo invadió.

Le hubiera encantado que la niña estuviera a su lado.

Podía pasarse ahí el resto de su vida.

Vio una hormiga y ya no sintió ganas de aplastarla.

Llevaba un trozo de hoja y seguía a otras que hacían lo mismo.

Miró un hermoso pájaro azul de largo plumaje.

Media hora más tarde el cielo se nubló y unas gotas cayeron sobre su rostro.

Era el momento de emprender el regreso a la casona.

Llegó empapado por la lluvia.

Esa novedosa felicidad tampoco tenía nombre.

Su abuela lo recibió con los brazos abiertos.

Le cubrió con una toalla y le pidió que se quitara la ropa para ponerse otra, seca.

Durante la tarde siguió lloviendo.

Desde su habitación miró el espectáculo de la lluvia cómo nunca lo había contemplado.

El tejado percutía bajo el embate de las gotas.

El gato gris de la abuela se mantenía en el quicio de la ventana, sereno y soltando algunos maullidos.

Después de que escampó, los alrededores se llenaron de luces, que titilaban en medio de la penumbra.

Otra sorpresa que le reservaba aquel lugar.

—¡Hugo! —Alcanzó a oír que lo llamaban.
Era la niña.
Lo llamó desde la ceiba donde se encontraba parada.
La ventana era baja así que decidió saltar.
La oscuridad croaba.
—Creo que todas las ranas del mundo acaban de salir de sus escondrijos —agregó ella.
—¡Está muy fresco!
—Mira —dijo, y apuntó a las hojas donde las gotas caían lentamente como alhajas.
Hugo sonrió y asintió:
—¡Qué bonito! ¿Qué son esas luces?
Ella rio.
—No vayas a salir con la cursilería de que son estrellas en el jardín.
—No. Son luciérnagas. ¿Atrapamos algunas? Aquí tengo un frasco de Nescafé vacío. Ven.
Corrieron detrás de los insectos luminosos.
Atraparon quince o más.
—¿Sabes? Este lugar está lleno de criaturas feas pero maravillosas.
Ella sonrió. Subieron a una colina. Se sentaron sobre la hierba húmeda.
—Mira —exclamó y apuntó con su índice hacia arriba.
Una vasta constelación de estrellas que parpadeaban tomó el cielo nocturno por asalto.
—Eso nunca lo había visto en la ciudad.
—Es que aquí estamos más cerca de las estrellas —reveló orgullosa.
Una ráfaga de viento les movió el cabello.
—Cierra los ojos y siéntelo —le sugirió.
Hugo cerró los ojos durante un minuto y se dejó acariciar el rostro y el cabello por aquel viento fresco.
Al abrir los párpados la niña había desaparecido.
—¿Hugo?
Era la voz de la abuela, que lo llamaba desde la vereda.
Regresó a casa emocionado, contándole todo lo que había visto y sentido.

Se acercaba el fin del mes y Hugo seguía recorriendo los rincones de aquel pueblo: una cueva habitada por cientos de murciélagos, una vieja fábrica de piloncillo, los hornos de ladrillo donde fabricaban empanadas de calabaza, la vieja plazuela, el local donde vendían tejuino y el de los tamales de camarón.
Un mundo ignorado hasta entonces.
La niña lo guiaba siempre. Parecía conocer desde hacía muchos años el lugar y sus alrededores.
Hugo cortó un girasol gigantesco y con cierta pena se lo regaló.

Ella lo tomó y le brindó una sonrisa.

Llevaba otro bombillo atado con un hilo, al que hacía girar alrededor de su cabeza.

—Mañana volveré a la ciudad —confesó, triste.

—Siempre hay un camino de regreso —repuso ella.

Hugo hizo una mueca y expresó:

—¡Y ya que me estaba gustando este lugar! Creo que hasta lo voy a extrañar.

—Los lugares donde hemos sido felices nunca se olvidan.

—Sí, yo no olvidaré que estuve aquí. En este lugar aprendí que los huevos que nos comemos no son los mismos que los de los pollitos.

Un trueno estremeció el cielo. Y la lejanía fue agrietada por un rayo.

—Creo que va a llover. Tengo que volver o mi abuela se va a molestar.

Las gotas de lluvia arreciaron.

Sin embargo, a la niña no le afectaba la lluvia.

Llegaron hasta la entrada de la antigua hacienda y ahí ella le quitó el hilo al bombillo verde jade.

—Al fin podrá volar libremente —sentenció—. Como tú.

Él no entendió cabalmente lo que trataba de decirle.

El bombillo giró encima de ellos y de pronto se detuvo en el brazo de Hugo.

Lo acarició con el dedo.

—¡Mira, no me da miedo! —exclamó, como presumiéndole a la niña.

Pero ella había desaparecido de nuevo.

Embargado por cierta tristeza, fue hacia la cocina donde se hallaba su abuela.

—Mañana temprano regresas con mamá —alcanzó a decir—. Te preparé unas empanadas de guayaba y unos coricos de maíz.

Supo que la abuela nunca decía *Te quiero,* pero tenía su manera de expresar su cariño.

La abrazó.

Comprendió que la vida era más fácil si podía refugiarse entre los brazos de su abuela.

El maullido del gato lo animó a buscarlo.

Lo acarició y éste, confiado, se enredó en su pierna derecha.

—Te voy a dar un regalo. Pero lo abres hasta que vayas en el tren.

Le entregó un sobre sellado con un timbre que tenía un bombillo verde jade.

Muy temprano lo despertó el canto del gallo.

La abuela ya le había preparado su ropa y sus pocas cosas.

También los alimentos.

Subió al tren, y por más valiente que quiso comportarse, no pudo evitar que unas lágrimas humedecieran sus mejillas.

Levantó la mano y le dijo adiós.

La abuela se convirtió en un punto y luego desapareció.

Fue a tomar asiento.

Entonces recordó el sobre.

Lo abrió.

Era una foto antigua, de color sepia.

Una foto donde aparecía la niña, su amiga, a quien nunca le preguntó su nombre.

Empezó a llorar conmovido al descubrir quién era aquella niña porque le dio vuelta a la fotografía y alcanzó a leer:

Para Hugo, por los maravillosos momentos que pasamos juntos.

Lupita

Alfonso Orejel

Me escupieron al mundo en Los Mochis, Sinaloa. Mi infancia fue una mansión en ruinas donde deambulaban despreocupadamente muertos y fantasmas. Ambos cruzaban la frontera que divide a la vida de la muerte, al caer la noche. Mi madre cinceló mi espíritu a golpes de relatos y miradas. Y me reveló un secreto que ha sido mi condena: "Tú tienes un don: hablas con los muertos". Ella murió hace muchos años, pero parece no darse cuenta de ello, porque durante algunas noches se acerca a mi cama a susurrarme sucesos siniestros. Un día, por fin, decidí acatar mi destino y contar las historias que otros se empeñaron en sepultar bajo el silencio. Mis delirios y pesadillas han cobrado cuerpo como libros: *La sombra*, *El árbol de las muñecas tristes*, *La venganza de la mano amarilla*, *Un poco de dolor no daña a nadie*, *La niña del vestido antiguo* y *Consumidores de pesadillas*. He tratado de buscar un rayo de sol con otros: *El sendero de los gatos apachurrados*, *Caldo de perico*, *El cucaracho*, *Matangaguangalachanga*, *Manantial de carcajadas*, *Las bellas bestias*, *Palabras en sepia* o *Álbum del olvido*. Algunos de estos libros han obtenido premios o reconocimientos nacionales y han fungido como maderos en el naufragio. A ellos me aferro para no hundirme en la locura.

© 2021, Alfonso Orejel

Ilustración de portada: Santiago Solís Montes de Oca

Derechos reservados

© 2021, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETALECTOR M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo, C.P. 11560, Ciudad de México www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: agosto de 2021
ISBN: 978-607-07-7919-0

Primera edición en formato epub: diciembre de 2021
ISBN: 978-607-07-8370-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

Planeta

EXPLORA DESCUBRE COMPARTE

Table of Contents

Portadilla
Índice
Tan hermosa en su ataúd
Bonita
El otro
Escombros del paraíso
La máscara de Jade
Se solicita
El circo de las maravillas vivientes
Vacaciones
Acerca del autor
Créditos
Planeta de libros